

EL

CHRISTIAN
MARTINS

CORAZÓN

DE

Joe Byers



EL
CORAZÓN DE
Joe Byers

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN AGOSTO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas mis lectoras, que están ahí en cada momento de mi vida, en cada historia y en cada acontecimiento importante a celebrar.

Gracias a Vane y a Ana, que se desviven cada día por ayudarme y que todo me salga bien.

Gracias a mi familia... por su paciencia infinita y su comprensión.

Y gracias a Alison Grove por aparecer en mi imaginación y haberme concedido el privilegio de escribir su historia. La suya y la de Joe Byers.

Espero que soñéis con ella tanto como yo soñé al escribirla.

La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta la melodía sin palabras, que nunca cesa.
Emily Dickinson

Algunas personas caminan bajo la lluvia, otras simplemente se mojan.
Roger Miller

1

Me hago un ovillo en el sofá mientras las notas del piano inundan el salón. Es “Fantasía del caminante”, de Schubert. Una de las piezas favoritas de papá. Lena, que ha apartado la mesa auxiliar del salón, está tumbada en el suelo garabateando uno de sus lienzos con acuarelas. Es domingo, así que hoy no tengo que ir a trabajar a la biblioteca y me puedo permitir remolonear todo el día. Y para ser sincera, no tengo ganas de hacer absolutamente nada.

Mi hermana pequeña me pregunta si estoy bien y yo asiento con la cabeza sin emitir ningún sonido. Ella me escruta con detenimiento, procurando adivinar si le estoy mintiendo o si digo la verdad. Supongo que me cree, porque unos segundos después su concentración vuelve a centrarse en el lienzo que tiene extendido en el suelo.

— He vuelto a hablar con Rober sobre la exposición — me dice, dibujando unos círculos naranjas con la yema de sus dedos. Creo que son soles — , y creo que ya tenemos una fecha cerrada. Si todo va como lo previsto, expondré mis obras dentro de dos sábados. ¿No te parece genial?

— Ajá. Es estupendo — respondo, distraída.

La estoy escuchando, pero en el fondo mi cabeza está meditando en tantas cosas que no consigue dedicarle a Lena la atención que se merece.

Estoy pensando en Joe Byers. En su libro. En su mirada perdida, en sus pocas ganas de vivir, en su madre. Hay un secreto que pocas veces he confesado y

que últimamente tengo muy presente todo el tiempo. Un secreto que me hace sentir la peor de las personas y que me atormenta cada noche. Un secreto que la mirada triste de la señora Byers despertó en mí el día que la conocí. En realidad, no es un secreto, sino un sentimiento. El sentimiento de culpa que me carcome por haber deseado que mamá se marchase del mundo de una vez por todas y que aquella tortura llegase a su fin. Todavía recuerdo aquel día en el que la vi por última vez. Marcy me vino a buscar a la biblioteca y me dijo que ya no quedaban muchas horas para el final, así que debía acompañarla al hospital si quería poder despedirme. No era la primera vez que ocurría. En otras dos ocasiones los médicos también habían dicho que mamá estaba a punto de morir, así que aquella no era la primera vez que le decíamos adiós. Yo no lo sabía, claro, pero esa vez sí sería la definitiva. Mamá estaba tumbada en la camilla. Tenía la cara chupada, con los huesos de los pómulos muy marcados y unas profundas ojeras negras que le rodeaban los ojos. Le habían puesto una mascarilla con oxígeno porque había dejado de poder respirar por sí misma. Yo no veía a mi madre, sino al fantasma de lo que un día ella había sido. Papá estaba su lado, sentado en la silla, mientras le sujetaba la mano y le susurraba que todo estaba bien.

Quería llorar. Quería llorar porque en el fondo deseaba que aquella fuera la última noche de mamá. Quería terminar con el maldito cáncer, con esa lucha constante que le había robado las fuerzas. Quería que nuestra deuda con el banco dejase de crecer condicionando mi futuro y el de mis hermanas, quería dejar de llorar cada noche al irme a dormir, quería no volver a despertarme con miedo y quería recuperar a mi padre. Porque aunque él no era la consciente, ese maldito cáncer no sólo nos estaba robando a mamá. También nos lo estaba arrebatando a él.

Empecé a llorar y Lena y Marcy me abrazaron, consolándome. Nunca les expliqué porqué lloraba y creo que nunca jamás se lo he contado a nadie, pero

tenía miedo de que mamá sobreviviera y que al día siguiente todo volviera a ser igual. Despertarnos solas, sin papá y sin mamá. Marcy tendría que seguir con sus dos trabajos para poder pagar el préstamo y la segunda hipoteca de la casa. Yo tendría que levantarme de la cama para cuidar de Lena y salir corriendo a trabajar. Seguiríamos estando solas. Y lo peor de todo, quizás lo que peor me hizo sentirme conmigo misma, es que cuando mamá murió todo siguió igual. Solamente ahora, después de un largo periodo, volvemos a resurgir como una familia y podemos empezar a atisbar un futuro entre las tinieblas que el cáncer nos dejó cuando se llevó a nuestra madre.

Hace poco me encontré un libro en la biblioteca que narraba la historia de un chico de mi edad. No tenía título, ni autor. La novela comenzaba el día que él llegaba a la universidad de Edimburgo y explicaba de forma autobiográfica cómo Joe Byers se enamoraba de la chica de sus sueños. La conquistaba, terminaban la carrera, se mudaban a un buen barrio residencial, viajaban, iban a fiestas, se prometían... Ese libro explicaba con detalle cómo se desarrollaba la perfecta y envidiable vida de Joe hasta que, al final, un accidente de moto le robaba la vista. El libro terminaba con su vida destrozada y hecha añicos. Algo en mi interior me gritaba que Joe era real... así que, al final, acabé buscándole, encontrándole y visitándole. Encontré al protagonista de la historia: igual de guapo, apuesto, atractivo y ciego que en esas páginas finales. El libro terminaba con ese maldito accidente de moto porque Joe estaba convencido de que ése era su final y de que la vida de ese modo no tenía ningún sentido.

— ¿Me estás escuchando, Ali? — murmura Lena, mientras yo me pregunto qué sentirá la señora Byers viendo cómo su hijo se consume cada día un poco más.

¿Experimentará las mismas sensaciones que sentí yo mientras mamá iba desapareciendo poco a poco?

— Sí, sí. Te estoy escuchando, enana — aseguro, dedicándole una breve sonrisa.

Ahora está sonando la Sonata en Si Menor de Listz. Papá aparece en el umbral del salón, tarareando la melodía. Parece feliz y eso hace que, por unos instantes, olvide toda la tristeza que conocer a Joe me ha dejado en el corazón. Después de tantísimo tiempo, papá empieza a retomar su vida donde la dejó.

— Ali, cariño... Tu hermana quiere saber si podrías recoger las bolsas de hierba del cobertizo. Va mal de tiempo.

Fulmino a papá con la mirada y niego rotundamente con la cabeza.

— Si quiere que haga sus tareas, que venga aquí y me lo pida ella — respondo de mal humor.

Es absurdo.

Marcy, mi hermana mayor, y yo nunca nos hemos llevado muy bien, pero últimamente ni siquiera es capaz de dirigirme la palabra. Según ella, su enfado se debe a un pequeño rallón que le hice a su coche la última vez que me lo dejó, pero yo sé muy bien que en realidad no es por eso. Es porque salgo con Colin Newby, y por alguna razón incomprensible, ella le detesta. Supongo que algún día tendrá que asimilar lo que Colin y yo tenemos.

Papá refunfuña diciendo que “ya se encargará él de la hierba” y desaparece del salón. Justo en ese instante, mi móvil libera dos pitidos secos indicándome que he recibido un nuevo mensaje. Es Colin, mi novio. Me pregunta si esta noche me apetece ir a tomar algo con él y sus amigos. La verdad es que aún no me los ha presentado, así que al leer eso siento una mezcla de nerviosismo y felicidad. Que vaya a presentarme ante ellos significa que lo nuestro va muy en serio para ambos. “Claro, te veo luego”, respondo sin dudar, olvidándome de Joe Byers y de su maldito libro.

2

Cuando mi madre enfermó, Marcy desarrolló un trastorno compulsivo por mantenernos a Lena y a mí vigiladas las veinticuatro horas del día. Para estar tranquila, necesita saber dónde estamos en cada instante. Sé que nos quiere y que lo hace por nuestro bien, pero la verdad es que Marcy y yo sólo nos llevamos unos pocos años y su paranoia por tener todo bajo excesivo control consigue sacarme de mis casillas por momentos. Y por esa razón no le hace ninguna gracia que vaya a salir a tomar unas copas — menos aún si es con Colin —.

Me deslizo un vestido azul celeste por encima de la cabeza y observo mi imagen en el espejo. Las ensaladas cesar con las que me llevo alimentando este último mes comienzan a hacer su efecto y la ropa me queda más holgada que de costumbre. Llevo el cabello cobrizo en pequeñas ondulaciones y me he maquillado superficialmente para que mi aspecto sea lo más natural posible. Me gusta. Me dedico una sonrisa a mí misma antes de darme la vuelta y bajar al salón, donde papá, Marcy y Lena están viendo un *reality* en la televisión.

— ¿Te marchas ya?

— Sí, pero no creo que vuelva muy tarde — respondo, cogiendo la chaqueta vaquera del perchero.

Marcy se da la vuelta para mirarme. Como no, está de morros.

— ¿Sales con Colin? — pregunta Lena con expectación.

Asiento y Lena suelta un gritito, emocionada. Colin es uno de los chicos más populares de Alnmouth, así que todas sus amigas están locas por él.

— ¿Por qué no le invitas a cenar, cariño? — propone papá — , estábamos a punto de pedir unas pizzas.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— En realidad, ya tenemos planes, papá. Vamos a salir con sus amigos — señalo.

Marcy resopla.

Como es de esperar, los amigos de Colin tampoco son de su agrado.

Me despido con rapidez para que la conversación no se alargue más de lo necesario y salgo a la calle. Cruzo el jardín con la cabeza en alto, observando las nubes grisáceas que están taponando el cielo y me pregunto si terminará lloviendo. La lluvia en sí no me desagrada, pero mojarme lo pies sí. Y llevo sandalias.

Me acerco hasta la carretera y me quedo en el arcén esperando mientras procuro mantener a raya mi nerviosismo. ¿Por qué estoy tan inquieta? Los amigos de Colin no muerden. Además, ya llevamos casi un mes saliendo. Este momento tenía que llegar tarde o temprano.

Unos minutos más tarde, diviso la camioneta azul aproximándose a mi casa. Se detiene frente a mí y, sin bajarse del coche, me dedica una radiante sonrisa que hace que las piernas me tiemblen y el corazón se me acelere.

— ¿Subes, preciosa?

Me muerdo el labio, tiro de la manilla y tomo asiento con torpeza, incapaz de quitar la mirada de él. Colin se sacude su cabello moreno justo antes de inclinarse sobre mí y besarme con suavidad en los labios a modo de bienvenida.

— Te he echado de menos.

— Y yo a ti — respondo.

Me froto las manos, incapaz de estarme quieta. Tengo la estúpida costumbre de hacer eso siempre que me pongo nerviosa.

— Estás muy guapa — murmura, concentrándose de nuevo en la carretera.

Mientras Colin se incorpora a la carretera nacional, un relámpago ilumina el firmamento. Murmuro un tímido “gracias”, aún sin poder controlar mis inquietas manos.

— ¿Estás bien, Ali? Te noto extraña — me dice, deslizado su mano derecha sobre mi muslo.

Observo la marca de nacimiento que tiene en ella. Ésa que me encanta y que me recuerda con su forma al dibujo de un corazón.

— Estoy bien... Es solamente que...

— ¿Qué pasa? — insiste.

Otro relámpago ilumina el cielo instantes antes de que un trueno ensordecedor haga vibrar la camioneta.

— Es que tus amigos me imponen un poco.

Colin aprieta suavemente mi muslo con su mano y me dedica otra de esas sonrisas que me encantan. Cuando me sonrío de esa manera el mundo se detiene y todo deja de importar.

— No tienes por qué preocuparte. Les he dejado muy claro que a mi chica tienen que tratarla como una princesa — asegura.

“Su chica”.

¡Dios! No importa el tiempo que llevemos saliendo porque sé que nunca me

acostumbraré a ser la chica de Colin Newby. En realidad, hace no mucho yo era un simple ratón de biblioteca que prácticamente no tenía vida más allá del trabajo y de casa, pero supongo que Colin ha hecho que comience a verme de una forma muy distinta a la que antaño estaba acostumbrada.

— Lo vamos a pasar genial, de verdad...

Y le creo.

Hemos quedado en un pub de copas que está muy de moda últimamente. El plan es jugar unas partidas a los dardos, comer unos nachos y tomar unas cervezas. Colin me explica que sus amigos, Dustin y Paul, también irán con sus novias.

— Así que no tendrás que preocuparte por las conversaciones de fútbol.

Y esa última aclaración hace que, inevitablemente, me angustie aún más. Yo no soy una chica normal. O al menos, no soy la clase de chica a la que los amigos de Colin están acostumbrados. No entiendo de moda, no me maquillo más de lo necesario, no suelo salir de fiesta y mis temas de conversación habituales no están relacionados con rumores ni cotilleos de la prensa rosa. Sé que Colin me quiere con mis rarezas, pero algo en mi interior me dice que con esa gente no voy a terminar de encajar.

Las primeras gotas de lluvia que anuncian la tormenta que está por venir caen sobre mi cabeza cuando me bajo del coche. Colin desliza su brazo por mis hombros y ambos echamos a correr al local para no empaparnos. Cuando cruzo la puerta, me relajo. No se trata de un moderno pub, sino más bien de una sala de recreativos con pub incorporado. El ambiente es agradable y puedo ver que hay gente variada. Colin levanta el brazo y saluda a cuatro chicos que están al fondo, sentados en la barra del pub.

— ¿Qué pasa, tío? — saluda uno de ellos, el más alto.

Colin se apresura a presentarnos.

Dustin, el alto, es la pareja de Millie. Resultan una combinación de lo más extraña si tenemos en cuenta que él es una torre y ella es muy pequeña y delgada. Los otros dos son Paul y Maya. Él no es nada del otro mundo — o al menos no me lo parece — , pero ella... Ella es castaña, guapa y con piernas interminables. No quiero pensarlo, pero en el fondo creo que Maya es la clase de chica en la que Colin se fijaría. “Pero ella está con Paul, y Colin contigo”, me recuerdo a mí misma, procurando deshacerme de mis absurdas inseguridades.

Colin pide un par de cervezas para nosotros y después nos trasladamos a los asientos que hay al fondo del local. Millie y Maya charlan de sus asuntos. Es evidente que hace tiempo que se conocen. Los chicos hacen lo mismo. Dustin le recuerda a Colin que tienen una partida de fútbol pendiente y Paul propone que antes juguemos todos a los dardos. Nos preguntan a nosotras si nos apetece jugar y ellas se apresuran a responder que no. Maya y Millie se ríen tontamente y después siguen comentando el nuevo salón de estética que acababan de abrir en Alnmouth.

— ¿A ti no te apetece jugar? — me pregunta Colin en voz baja para que solamente yo pueda escucharle.

Suspiro hondo y finjo la mejor de mis sonrisas mientras sacudo la cabeza en señal de negación.

— No quiero mandar a nadie al hospital con un dardo en un ojo — me río.

Él también suelta una risotada. Puede que mi sentido del humor sea un tanto extraño, pero a Colin le gusta. Los chicos se levantan y se van a jugar una partida de dardos. Desde donde estamos sentadas nosotras puedo ver cómo se dan codazos, pegan voces y preparan la diana y los dardos.

— ¿Cuánto llevas saliendo con Colin? — inquiera Millie con una sonrisa falsa

en los labios.

No son la clase de chicas con las que yo pasaría el tiempo, pero procuro ser agradable. A fin de cuentas, si mi relación con Colin sigue adelante tendré que verme con ellas en bastantes más ocasiones de las que a mí me gustaría.

— Algo más de un mes.

Maya, sorprendida, suelta un breve “guau”.

— ¿Y dónde os conocisteis? ¿En la universidad? — pregunta Millie, continuando con el interrogatorio.

Supongo que después de esta pregunta vendrán muchas más.

— En realidad, no — respondo escuetamente, dedicándole la misma falsa sonrisa que ella tiene para mí.

No me apetece explicarles que mi madre sufrió un cáncer y que yo tuve que dejar los estudios porque mi familia no tenía dinero suficiente para pagar el tratamiento. Tampoco me apetece contarles que trabajo en la biblioteca local, ni que llevo enamorada de Colin desde que tengo uso de razón a pesar de que él no se haya fijado en mí hasta hace un mes.

— ¡Oh, Dios! — exclama Maya, señalándome con el dedo índice — . ¿Tú no eres la hermana pequeña de Marcy Grove?

Millie se echa a reír al escuchar eso.

— ¿De veras? ¡No puede ser! — exclama la segunda, divertida.

Yo pongo los ojos en blanco.

Mi hermana, antes de ser una psicótica obsesiva, fue una fiestera empedernida. Supongo que el hecho de ser guapa y beber cantidades indigestas de alcohol provocó que no pasara desapercibida en Alnmouth. Además, aunque solamente es una sospecha, creo que entre Colin y ella pudo haber habido algo más que

amistad.

— ¿O sea que Marcy fue quien os presentó?

Niego con la cabeza y me levanto del asiento, incómoda.

— Creo que voy al baño.

Me escabullo detrás de la barra en dirección a los lavabos. Sé que Colin se ha dado cuenta de que me he levantado. Podía sentir su mirada clavada en mi espalda antes de que cerrase la puerta y desapareciese en el interior de los servicios. Dios. Es peor de lo que imaginaba. Millie y Maya son la clase de chicas insoportables que jamás he aguantado más de diez minutos a mi lado. Lo que no entiendo es cómo Colin puede perder el tiempo con este tipo de personas. ¿Lo hace por el mero hecho de mantener su reputación o de verdad congenia en este ambiente? Él no es así. No solamente es guapo, atractivo y tiene una sonrisa capaz de derretir a cualquier chica, sino que además es real. Durante este mes he tenido tiempo de sobra para conocerle y sé muy bien que Colin no es simple fachada. Es mucho más.

Cinco minutos después, me armo de valor y decido que ha llegado la hora de regresar al campo de batalla y enfrentarme a la situación.

Salgo del baño con lentitud y veo de fondo a las chicas cotorrear con el teléfono en la mano. “Solamente será un rato”, me digo a mí misma para animarme. Pero no he caminado dos pasos cuando me detengo en seco. Paul y Dustin están discutiendo con un chico que no tendrá mucho más de quince o dieciséis años. Es un mocoso. Y cuando me fijo en él, descubro que es un mocoso que conozco muy bien. Es Mark, el hermano pequeño de mi compañero de trabajo. Me quedo pasmada cuando Dustin sujeta al muchacho por la camiseta y lo zarandea como si no pesase más de medio kilo. Las gafas de Mark se caen al suelo y Paul se apresura a recogerlas. Busco a Colin, que se ha hecho a un lado y no intercede en la pelea.

— ¿Qué está pasando? — pregunto de malas formas, cruzándome de brazos frente a ellos.

No puedo creer que de verdad se estén divirtiendo intimidando a un chico al que sacan casi diez años de edad.

— El gafitas se va a poner debajo de la diana para darle emoción al campeonato de dardos — me cuenta Dustin, muerto de risa.

¿No lo estará diciendo en serio, verdad?

— Suéltale ahora mismo — escupo de mal humor, acercándome a Mark y tirando de su brazo para que Dustin lo suelte — . ¿No ves que le estás cediendo la camiseta?

De forma inconsciente, me giro hacia Colin esperando que se ponga de mi parte. Me sostiene la mirada unos segundos antes de dar un paso al frente.

— ¿No la acabas de escuchar, Dustin? Suelta al chico ahora mismo.

— ¿En serio? — pregunta él, riéndose y buscando el apoyo de Paul.

— ¡Suéltale! — exclamo casi en un grito, impacientándome — . Y devolvedle sus gafas.

En contra de lo que creía, Dustin libera a Mark y Paul le entrega sus gafas. El hermano pequeño de Finn sale corriendo hacia las máquinas de la entrada y yo no puedo hacer otra cosa que sentirme avergonzada de la clase de gente que tengo ante mí.

— Me marcho — murmuro, antes de darle la espalda a Colin.

Camino hasta los asientos en los que Maya y Millie están sentadas y recojo mi chaqueta. Ambas me miran boquiabiertas, como si no fueran capaces de comprender lo que acaba de suceder. ¿Pero acaso no les da ni un poco de vergüenza? ¡Dios mío! ¡Hace tiempo que dejaron de ser adolescentes sin

sentido común!

Me tiemblan las extremidades mientras camino a pasos agigantados hacia la salida. Necesito aire. Cuando salgo al exterior, cojo una buena bocanada de aire y me impregno de la humedad que ha provocado el aguacero que cae de las nubes.

— Ali...

Colin me observa con el gesto contrariado desde la puerta. Evito mirarle a los ojos porque sé que él es mi debilidad.

— ¿Te marchas? — pregunta con la voz seria.

— Sí, creo que daré un paseo hasta casa — respondo, dejando claro que no necesito que me lleve a pesar del diluvio que tengo frente a mí.

Colin rodea mi cuerpo con sus manos y apoya su cabeza sobre mi hombro de forma cariñosa.

— Dustin es un imbécil. Lo siento... — susurra en voz baja, haciéndome cosquillas — . ¿Por qué no nos vamos a otra parte tú y yo? ¿A solas?

Nos miramos a los ojos y siento ese millar de mariposas revoloteando en mi estómago. Colin siempre es capaz de despertar esa sensación en mí.

— ¿Tú y yo a solas?

Él asiente.

— Tú eres todo lo que me importa, Alison.

3

Llego a casa a las tres de la mañana y me encuentro a Marcy despierta, esperándome en el salón. La saludo con un breve “buenas noches”, sintiéndome avergonzada por las horas tardías a las que llego. Aunque en realidad no debería sentirme así. Ya soy mayorcita y ella no es mi madre. Tiene que empezar a relajarse o después de la boda Adam terminará volviéndose loco y pidiéndole el divorcio.

— Alison... — susurra ella en voz baja entre las sombras del salón.

Espero unos instantes para que continúe, pero al final Marcy sacude la cabeza y pronuncia un corto “nada. Buenas noches”.

Cuando me quedo a solas y a oscuras en mi dormitorio, pienso en Colin. Pienso en su forma de acariciar mi cuerpo cuando ambos estamos desnudos, en esos besos nerviosos que me da en el vientre y que inevitablemente me provocan un ataque de cosquillas, en esa forma que tiene de sostener mi rostro entre sus manos y en su voz cuando me promete que soy lo más bonito que han visto sus ojos. Puede que sea simple palabrería vacía, pero quiero creerle. Quiero pensar que después de tantos años sumida en una rutina infeliz, por fin me está pasando algo bueno de verdad. Algo que merece la pena cuidar.

El sonido de la tormenta en el exterior me acuna lentamente y unos minutos

más tarde, caigo rendida en un profundo sueño. Es extraño, porque como norma general no suelo recordar lo que he soñado. Ni siquiera soy consciente de haberlo hecho. Pero hoy sí. Puedo sentir el agua que cae sin descanso sobre mi piel desnuda y sé que es un sueño, pero aún así no consigo despertarme. Camino lentamente por una carretera de asfalto que sube una pendiente serpenteando en varias curvas. Lo conozco. Es el puerto de Eyemouth. El lugar en el que Joe Byers sufrió el accidente de moto aquella tarde en la que se disponía a regresar a casa con su prometida Nancy. Puedo notar la dureza del asfalto en cada paso que doy. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza mientras el cabello mojado me gotea en la espalda. Quiero detenerme, pero mis pies siguen ascendiendo el puerto, paso a paso. La siguiente curva la conozco muy bien y no quiero llegar a ella. Joe se molestó demasiado en describir cada metro de esta subida y en señalar perfectamente en qué lugar ocurrió. Avanzo dos metros más, pero me quedo paralizada cuando el casco roto de Joe aparece frente a mí. Está partido casi por la mitad, como un melón abierto. Trago saliva. No quiero seguir subiendo. No quiero ver su cuerpo abrasado por el asfalto. No quiero saber qué vieron sus ojos por última vez. Pero mis pies no obedecen y continúan subiendo. Unos metros más adelante, giraré la curva y me encontré con su moto destrozada. Él estará a poca distancia, tirado en el suelo sin conocimiento.

Me despierto con las sábanas empapadas en sudor y la respiración agitada. Tengo la sensación de que por mucho aire que coja, mis pulmones no terminan de llenarse de todo. Me siento asfixiada. Me levanto de la cama y me acerco a la ventana. Corro las cortinas de forma brusca y, apresurada, la abro de par en par para tomar una fuerte bocanada de aire fresco. El sonido de la paz nocturna llega a mis oídos y poco a poco me voy relajando hasta volver a mi estado habitual. Joe Byers. ¿Por qué no consigo sacármelo de la cabeza y olvidarle? Una parte de mí siente que, de alguna manera, lo que nosotras

hemos vivido con mamá hace que empatice con él. Otra pequeña parte piensa que su egocentrismo no le deja ver la suerte que ha tenido sobreviviendo a su accidente. Haber leído ese libro y tener la sensación de que le conozco tan bien como a mí misma tampoco ayuda. Y que él me echase sin miramientos de su casa y me dejase claro que no quería volver a verme termina de rematar el asunto. ¿Por qué no consigo olvidarme de Joe Byers y seguir con mi vida? ¿Por qué ha tenido que aparecer ahora que todo comenzaba a ser... perfecto?

Saco su libro de debajo de la cama y lo coloco sobre mi regazo. He dejado la ventana abierta, así que el aire fresco se filtra en la habitación suavizando la carga del ambiente. Las próximas horas, como sé muy bien que no podré dormir, las dedico a repasar algunos pasajes de su historia y a marcar las partes que considero más importantes. En realidad, pienso que su vida podría haber sido perfectamente la mía. Ambos teníamos aspiraciones y sueños que cumplir, y ambos terminamos con el futuro hecho añicos y sin ganas de continuar. La diferencia es que desde hace un mes todo parece mucho más bonito con Colin a mi lado.

— ¿Y si Nancy nunca le hubiera dejado? — me pregunto en voz alta.

¿Y si ella hubiera cumplido su promesa de quedarse para siempre junto a él? ¿Y si no se hubiera rendido tan fácilmente? ¿Cómo sería Joe Byers si tuviera junto a él a alguien que despertase en su interior las ganas de vivir? Algunas veces solamente necesitamos un empujón para levantarnos del suelo y ver las cosas con mayor perspectiva.

Aún no ha sonado el despertador cuando me voy a la ducha. Dejo que el agua caliente arrastre los restos de las lágrimas saladas que han empapado mi rostro y cuando por fin me siento bien, me envuelvo en una toalla y regreso a mi habitación. Desde que salgo con Colin he comenzado a cuidar un poquito más mi imagen. Supongo que el hecho de saber que al mediodía me encontraré

con él es suficiente aliciente para cuidar un poco más las rebeldes ondas de mi cabello y echarme un poco de colorete en las mejillas. Tampoco necesito mucho más porque el simple hecho de caminar junto a él me hace sentirme guapa. ¿Absurdo, verdad? Ni siquiera yo lo entiendo, pero así es.

Cuando bajo a desayunar aún es temprano, pero papá ya se nos ha adelantado a las demás. Me explica mientras se toma a grandes tragos el café que hoy le espera un día duro de trabajo y que ha decidido marcharse un poco antes de casa. Hablamos de Lena, de su universidad, y sacamos unas cuentas aproximadas del dinero que necesitaremos a partir de septiembre. Es bastante más de lo previsto, pero mientras Marcy siga viviendo con nosotros y contribuyendo en casa podremos permitirnoslo.

— Papá... Estaba pensando que quizás debería empezar a apartar un poco de dinero mensualmente para poder comprar un coche.

Mi padre frunce el ceño y, antes de responder, se bebe de un solo trago los restos de la taza.

— ¿Un coche? Creí que con el autobús te las apañabas bien.

— La verdad es que me gustaría poder ser un poco más... independiente.

Mi padre deja la taza en el fregadero, le echa un poco de agua y después se acerca a mí para besarme en la mejilla.

— Me parece bien — admite —, si Lena puede ir a la universidad y Marcy puede tener su propio coche, ¿por qué tú no?

Sonrío a modo de respuesta, le doy las gracias y me despido de él. Cuando me giro hacia las escaleras me encuentro a Marcy frente a mí, mirándome con cara de pocos amigos. Supongo que no le hizo demasiada gracia que ayer llegase tarde.

— Tengo prisa — le digo, dejando claro que no voy a perder el tiempo en

discusiones — , así que, hasta luego.

Ella ni siquiera se molesta en responder.

Subo a mi habitación, me calzo unas sandalias plateadas y salgo pitando de casa. Aunque aún es temprano, en las calles ya no se encuentra rastro de la tormenta con la que anocheció ayer el día. Cojo el autobús a la misma hora de siempre y, tras saludar a Simon, me escabullo a mi asiento habitual. Me paso el trayecto distraída en mis propios pensamientos, así que cuando llegamos ni siquiera soy consciente del tiempo que ha transcurrido.

Cruzo la plaza hasta el puesto ambulante de Madeleine y le dedico una sonrisa antes de pedirle los dos chocolates calientes de cada mañana. De fondo, la emisora de radio de los ochenta nos deleita con “Under Pressure”, de David Bowie y Queen mientras ella mueve las caderas al son del ritmo.

— ¿Qué tal va el verano?

— Creo que como siempre — admito, encogiéndome de hombros — . ¿Y el tuyo?

— Parece que mejor que el del año pasado — me cuenta — . Al menos parece que la lluvia nos está dando un poco de tregua.

— Eso es verdad — respondo, dejándole el billete sobre la barra antes de coger los dos vasos de plástico en los que me ha servido el chocolate.

Nos despedimos hasta el día siguiente y me dirijo al edificio colonial en el que se encuentra la biblioteca. Cuando entro, me encuentro con Finn sentado frente al escritorio. Es habitual que llegue antes que yo al trabajo, pero poco común que a estas horas ya tenga el ordenador encendido y esté trabajando.

— ¡Buenos días! — saludo, dejándole su chocolate caliente en frente — . ¿Qué tal?

Finn no me responde y yo, hastiada, resoplo y me dejo caer en la silla que hay

junto al escritorio. ¿Cuándo voy a volver a recuperar a mi amigo? Desde que salgo con Colin todo el mundo parece estar enfadado conmigo. O, bueno, al menos Marcy y Finn.

Me quedo boquiabierta cuando Finn suelta el ratón del ordenador, coge su chocolate y se gira para tirarlo a la basura.

— ¿Pero qué demonios pasa contigo, Finn? — pregunto, levantando la voz un poco más de lo normal.

Él me lanza una mirada agresiva que hace que me encoja sobre mi asiento. Parece realmente enfadado conmigo.

— ¿Y contigo? ¿Qué pasa contigo, Alison? ¿Desde cuándo vas por ahí intimidando a los chiquillos?

Necesito pensar unos segundos para poder entender de qué me está hablando. Supongo que es por la actitud que los amigos de Colin tuvieron con su hermano. Me gustaría decirle que yo no tuve nada que ver y que simplemente procure ayudar, pero tengo la sensación de que no serviría para nada.

— Yo no intimido a nadie — me defiendo, sintiéndome herida porque pueda pensar de ese modo sobre mí — , y tampoco conozco a esa gente.

— ¿Ah, no? — me pregunta de forma irónica, sonriendo con suficiencia — . Pues Mark no se llevó la misma sensación.

— Finn, no es lo que...

— Déjame en paz, ¿vale? — escupe con rabia — . La verdad es que desde que sales con ese gilipollas de Newby ni siquiera te reconozco. No eres la misma Alison de siempre.

Sus palabras se clavan en mí como puñaladas.

Me digo a mí misma que lo dice porque está herido y que no debo tenerle en

cuenta, pero no puedo. Mi relación con Finn cada vez es más tirante y tengo la sensación de que recuperar a mi amigo será tarea imposible siempre y cuando Colin y yo sigamos juntos.

Me alejo al fondo de la biblioteca, decidida a poner distancia entre nosotros. “¿Acaso se puede comenzar de peor forma el día?”, me pregunto mientras comienzo a reordenar la sección de mitología que unos chicos destrozaron el día anterior. Creo que mantenerme ocupada es la mejor forma de estar distraída y no tener que cruzarme con Finn. Cuando termino, me dedico a pasar el polvo por las estanterías y a atender a las pocas personas que se dejan caer por aquí durante la mañana. Cuando mi compañero suelta el ordenador y pasa a hacer las tareas del almacén, yo ocupo su lugar. Compruebo que todos los nuevos títulos estén archivados y reviso si ha quedado algo pendiente, pero él ya se ha ocupado de todo. Algo me dice que la jornada laboral se me hará eterna.

En todo el día de hoy no he pensado en Joe Byers. Aunque supongo que ese pensamiento podría considerarse el primero que le dedico... y seguro que no será el último. Abro las redes sociales y tecleo su nombre en el buscador. Desde que le encontré, he revisado su página en un millar de ocasiones y prácticamente me conozco cada fotografía al detalle. Joe en la universidad, Joe con su moto, Joe y Nancy vestidos de gala, Joe y Nancy en la playa, Joe con el equipaje del equipo de fútbol, Joe mostrando el jardín de su nueva casa... Una vida de cuento, sin duda. Una vida que quedó en el olvido. Me quedo mirando una fotografía en la que Nancy y él están abrazos. Ella mira hacia la cámara, pero él, en cambio, únicamente tiene ojos para ella. Creo que esa intensa mirada es la definición exacta de estar enamorado. No sé muy bien por qué razón, cierro su perfil y tecleo el nombre de Nancy Williams en el buscador. Nunca jamás he intentado buscar a la ex-prometida de Joe, pero hoy, por alguna razón, he decidido hacerlo. Nancy era la persona que debía de

haber cuidado de él, pero en cambio resultó ser la encargada de romperle el corazón en mil añicos. Rebusco entre un par de chicas hasta dar con ella. Ha cambiado bastante desde las últimas fotografías en las que la he visto con Joe, pero aún así es fácil de reconocer. Rubia, alta, guapa. Perfecta. Nancy es la chica perfecta. No necesito ahondar demasiado en su perfil para encontrar a su marido, a sus perfectas amigas y... a su hijo. Nancy y su nuevo marido ya tienen un bebé. Se me encoge el corazón mientras me pregunto a mí misma si Joe lo sabrá. Desde luego, ver cómo ella continuaba con su perfecta existencia mientras él se quedaba atascado en el tiempo debe de haber sido muy duro para él.

Cierro la pantalla del ordenador y respiro hondo, recordándome a mí misma que debo de dejar de meterme en asuntos que no me incumben. Joe Byers no quiere saber nada de mí y, aunque no fuera así, yo tampoco podría remediar su situación. En algunos momentos siento el impulso de cogerle el coche a mi hermana y regresar a Eyemouth para poder volver a hablar con él, pero sé que no sacaría nada bueno de nuestro encuentro y seguir torturándome de esa forma no tiene sentido.

— ¿Alison?

Levanto la mirada por encima del ordenador y veo a Colin apoyado junto a la estantería principal. Me dedica una de sus sexy sonrisas — creo que podría catalogar cada una de ellas y documentarlas con descripciones detalladas — y mi corazón se acelera al momento. Me muerdo el labio con picardía y me levanto de la silla.

— Me voy a ir a almorzar — escupe Finn, estropeando el instante — . Volveré en hora y cuarenta...

La verdad es que no sé ni qué responderle.

Hace años que trabajamos juntos y yo siempre salgo a la misma hora a

almorzar. Es algo que Finn y yo acordamos hace tiempo y que hemos mantenido hasta ahora, así que supongo que simplemente está actuando de esa forma para fastidiarme. Sabe que el padre de Colin le concede un pequeño descanso para almorzar pero que después debe regresar al trabajo.

Escucho el portazo de la puerta cerrándose y la felicidad que he sentido al ver a Colin se desvanece.

— ¿Qué le ocurre? — me pregunta, confuso, con el ceño fruncido.

— Supongo que está enfadado conmigo por lo de ayer — le explico, encogiéndome de hombros — . Y ésta es su forma de castigarme.

— ¿Por lo de ayer? — repite Colin, acercándose hasta mí para envolverme entre sus brazos.

Asiento.

— El chico de ayer, Mark, es su hermano pequeño.

Colin resopla y me estrecha con fuerza contra él. Yo aspiro el familiar aroma de su perfume y cierro los ojos unos instantes para olvidarme de todo. De Finn, de Joe Byers, de Marcy, de los estudios de Lena... Cuando estoy así, hundida en su pecho, me siento a salvo. Colin se ha convertido en mi refugio.

— ¿Qué te parece si voy a buscar algo de comida a la cafetería y almorzamos aquí? No tenemos porqué salir. Además, hace demasiado calor.

Le digo que es perfecto y me pongo de puntillas para besarle suavemente en los labios. Veinte minutos después, Colin está de vuelta en la biblioteca con un par de sándwiches y dos refrescos de cola. Comentamos qué tal nos ha ido de la mañana y charlamos de asuntos sin importancia. Es más que evidente que ambos evitamos sacar el tema de sus amigos en la conversación. Yo porque, de algún modo, me he decepcionado demasiado. Sabía cómo eran los amigos de Colin, pero había dado por hecho que con los años incluso esa clase de

gente terminaba madurando. Me pregunto sí él se avergonzará de mí por no haber encajado en su círculo de amistades, pero después decido que tampoco me importa. Hay ciertas cosas que no estoy dispuesta a tolerar — ni siquiera por Colin — .

— ¿Me recomiendas un buen libro?

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza en señal de negación.

— Aún no has devuelto el último que te llevaste. Además, ni siquiera los lees.

Él me escruta con detenimiento y asiente.

— Es verdad, lo admito. Pero es que me pareces irresistible cuando hablas de libros...

Le sostengo la mirada unos segundos. Los dos sonreímos de esa forma estúpida de la que suelen hacerlo las parejas enamoradas.

— ¿Hacemos un trato? Te llevas un libro, pero te lo lees.

— ¿Me pondrás un examen después? — bromea.

— Puede — respondo, juguetona, levantándome de la mesa.

Me dirijo a las estanterías y Colin me sigue muy de cerca.

— ¿Terror? ¿Algo de Stephen King?

— Me gustan los vampiros.

— Entonces de Anne Rice — indico, deslizando la mano por la estantería en busca de los autores con R.

— Pero hoy estoy más... romántico.

— ¿Quieres que te busque un libro romántico? — inquiero, sorprendida.

No sé por qué, no me imagino a Colin leyendo una novela rosa.

— Sí. Y picante. Quiero algo romántico y picante.

— Erótico — puntualizo, cambiándome de sección con una risita nerviosa.

Aunque el género romántico es mi favorito, no me he movido demasiado por la literatura erótica y no tengo muy claro qué podría recomendarle. Sin duda, Colin Newby es un morbos. Comienzo a rebuscar entre autores, esperando ser capaz de recordar alguna recomendación que algún cliente pueda haberme hecho. Pero no he llegado a bajar a la segunda hilera de novelas cuando Colin me sujeta de la muñeca y me gira hacia él. Su sonrisa se ha ensanchado y sus ojos desprenden una malicia traviesa que provoca una corriente eléctrica en mí.

— ¿Te he dicho que me pareces irresistible cuando estás rodeada de libros?

— En realidad, me has dicho que soy irresistible cuando hablo de libros — señalo, puntualizando.

— Las dos cosas — asegura, antes de presionar sus labios contra los míos.

La corriente eléctrica que Colin provoca en mí se extiende por todas mis extremidades. Su mano se posa en mi muslo mientras su lengua juguetea en mi boca, inspeccionando cada rincón. Siento cómo poco a poco va elevando mi vestido y cuando quiero darme cuenta tiene su mano entre mis muslos.

— Colin... puede entrar alguien.

— Le escucharemos entrar, ¿no? Hay una campanita en la puerta — se ríe, besándome el cuello con dedicación.

Su mano acaricia mi sexo por encima de mi ropa interior y la excitación que siento se multiplica por mil en un instante. También puedo sentir su palpitante erección contra mi vientre.

— Date la vuelta — me pide con la voz ronca.

Obedezco con comedia lentitud.

Colin se coloca contra mi espalda y desliza su brazo alrededor de mí para poder alcanzar mis pechos. Los masajea por encima del vestido y yo jadeo de placer, incapaz de contenerme. En cualquier momento alguien podría sorprendernos aquí; y aunque es un poco impropio, me excita. Escucho cómo se desabrocha rápidamente el cinturón y el pantalón y unos segundos después, aparta mi braguita a un lado y me penetra. Primero con lentitud, pero después con brusquedad. Reprimo un gemido de placer cuando me inunda por completo y me sujeto con fuerza al estante de libros que tengo en frente, provocando que buena parte de ellos caigan al suelo de forma estrepitosa. Colin acelera el ritmo de las embestidas y yo me tengo que morder el labio inferior para no gritar de placer.

— Alison... — jadea roncamente.

Mi nombre en sus labios hace que me vuelva loca de placer. Soy yo, y no una chica como Maya, la que está provocando esos gemidos. Esa excitación. Esa locura transitoria que nos ha llevado a perder la cabeza en este preciso momento. Siento cómo Colin está a punto de explotar y me dejo llevar... Entra y sale, apretado contra mi espalda, con fuerza. Al final, el orgasmo termina arrollándonos simultáneamente. Nos quedamos unos segundos callados mientras los libros del estante de delante continúan cayendo de forma brusca al suelo. El primero de todos ha provocado un efecto dominó imparable.

— Eres maravillosa, Alison — me dice, instantes antes de que la campanilla de la entrada resuene.

Colin se aparta de mí, apresurado, y yo me coloco el vestido y la ropa interior. Escucho los pasos de Finn en la lejanía y rezo internamente porque no se acerque a esta sección.

— ¿Es oportuno, eh? — se ríe Colin.

Le doy un codazo para que se tome la situación en serio, pero solamente consigo que su risa se acentúe aún más.

Empiezo a colocar los libros sin ton ni son encima de la estantería para que, al menos, Finn no se los encuentre tirados en el suelo. Mientras lo hago, siento cómo el semen de Colin humedece lentamente mi ropa interior y temo que pueda terminar traspasando a mis piernas.

Colin termina de colocarse el pantalón en condiciones y, entre suspiros y risas nerviosas, salimos de nuestro pequeño escondite. Finn está junto al escritorio y tiene cara de pocos amigos. Además, para rematar, nuestro repentino impulso sexual nos ha distraído y no hemos recogido los envoltorios de la comida que están esparcidos por el escritorio principal.

— Vaya... Ahora mismo quito todo esto — murmuro, apresurándome a recoger los restos de mi sándwich para meterlos en una bolsa.

Colin, que no puede parar de reírse — y puedo jurar que su risa es contagiosa —, se acerca para ayudarme a recoger.

— ¿Es que no tenéis ni un poco de vergüenza, verdad? — escupe Finn de malas formas —. Es increíble... Increíble — añade, dándonos la espalda.

Finn se mete en el almacén y pega un portazo.

— Nos ha pillado — deduzco en voz alta, tapándome el rostro con ambas manos.

Colin salta en plenas carcajadas y, al final, yo también termino riéndome tontamente. Ya os lo he dicho; su risa puede ser muy contagiosa. Como el aire fresco en una mañana de verano.

— Creo que debería irme... Me da miedo que pueda salir con un bate de beisbol o algo así — concluye, sujetándome por la cadera para atraerme hacia él.

Dejo la bolsa de plástico con los restos de la comida en el suelo y enrosco mis brazos alrededor de su cuello.

— ¿Sabes que me odia, verdad?

Yo niego rotundamente.

— No te conoce.

— No, a mí no — me dice, riéndose — , pero a ti sí. Y está muy claro que lleva tiempo enamorado de ti.

— Eso no es verdad... — le riño, fingiendo un puchero de niña pequeña — , solamente está resentido por lo que Dustin le hizo a su hermano.

Al decirlo en voz alta no puedo evitar sentirme mal. Que Colin estuviera ahí delante y no tuviera la iniciativa suficiente para actuar fue una decepción terrible.

— Dustin es un capullo — asegura, tornándose serio — . Debería irme. ¿Te llamo más tarde?

Asiento, le doy un breve beso en los labios y me aparto de él. Me apoyo contra el escritorio con una sensación extraña en el cuerpo mientras veo cómo se aleja. No me gusta que Colin huya cuando un tema complicado sale a la luz...

— ¿Alison? — me llama, deteniéndose en la puerta.

Yo asomo la cabeza.

— ¿Ocurre algo?

Colin niega mientras sonrío con ternura.

— Nada... Es solo que... — murmura entrecortadamente — , te quiero.

Sus palabras me dejan tan impactada que ni siquiera le respondo. Colin se

marcha y yo, patidifusa, me quedo boquiabierta donde estoy asimilando lo que me acaba de decir.

Por primera vez, el chico con el que llevo soñando desde que tenía quince años de edad acaba de decir que..., me quiere.

4

El mes de julio llega a su fin y le da la bienvenida al caluroso agosto. Solamente falta un mes para que Lena haga las maletas y se marche a la universidad. Y la verdad, no sé cómo debería sentirme al respecto.

Estoy tumbada en la cama con una foto de Joe Byers abierta en la pantalla del teléfono. Sé que puede parecer un poco acosador por mi parte, pero aún no he conseguido olvidar su historia. Ni he conseguido sacarme de la cabeza la dureza con la que me ordenó que me marchase de su casa.

Son las ocho de la tarde y mi casa está llena de ruidos. Me parece escuchar a Adam en el salón, hablando con Lena.

Estoy sopesando si bajar y unirme a ellos o quedarme tranquilamente en mi habitación y pasar de la cena cuando alguien golpea con los nudillos la puerta de mi habitación. Es Marcy.

— ¿Puedo entrar?

— Sí, claro.

Cierro la fotografía de Joe y dejo el móvil en la mesilla antes de incorporarme sobre la colcha. Marcy se sienta a mi lado y me entrega un papel con un dibujo. Es el diseño de un vestido de novia precioso.

— ¿Lo ha dibujado Lena?

Ella asiente y sonrío.

— La señora Jones dice que podría hacérmelo ella y que sería una especie de regalo de compromiso. Solamente me cobraría las telas.

— Eso es genial, Marcy.

— Sí que lo es.

La miro a los ojos al entregarle el dibujo de vuelta y, por primera vez en mucho tiempo, detecto en ella algo parecido a la ilusión. Parece feliz.

— Algo me dice que no estás aquí solamente para enseñarme el dibujo...

Mi hermana mayor suelta una risita nerviosa.

— ¿La verdad? No.

— ¿Es por Colin? — pregunto, incapaz de ocultar la exasperación en mi tono de voz.

Ella carraspea, tensándose al instante.

— No sé, Ali... Es que nunca pensé que tú... — titubea.

— ¿Qué yo podría estar con un chico como Colin?

Marcy pone los ojos en blanco.

— No. No digas tonterías, por favor... — murmura, fulminándome con la mirada — . Pensaba que tú no querías estar con un chico como Colin — me corrige — , sé que te mereces algo mejor.

¿Por qué todo el mundo se empeña en juzgarle con tanta dureza?

— Marcy, ¿qué dirían los padres de Adam sobre ti si te hubieran visto hace seis o siete años? Nada bueno — me auto-respondo a mí misma con rapidez para que ella no pueda adelantarse con alguna de sus tonterías — , pero has cambiado. La gente cambia. Todo el mundo lo hace.

— No todo el mundo cambia. Colin es...

— Colin es la persona con la que quiero estar — sentencio, cansada de la conversación.

Sé que nadie esperaba que Alison Grove, la chica cuya madre murió de cáncer y que trabaja en la biblioteca cobrando una miseria, terminase con Colin Newby, el chico más popular de Alnmouth, ése cuyo padre posee las mayores riquezas del pueblo. Pero es lo que hay. Le pese a quien le pese, Colin y yo estamos juntos.

Marcy detecta mi hostilidad, así que se levanta de la cama dispuesta a marcharse. Yo agradezco que de una vez por todas vaya a ponerle fin a la conversación.

— Papá quiere que le invites a cenar — me dice, cruzándose de brazos.

— No sé... Quizás.

— ¿Por qué no mañana? — propone — . Adam también vendrá, así que podríamos cenar todos juntos. En familia.

¿Por qué tengo una mala sensación con respecto a esa cena? Algo no termina de convencerme.

— No lo sé, Marcy...

— Alison, si lo tuyo con ese chico va en serio, tendrás que presentárselo a la familia en condiciones, ¿no crees?

Por alguna razón incomprensible, el tono de voz con el que lo dice me hace recordar a mamá.

Asiento y le aseguro que cuando vea mañana a Colin en la hora del almuerzo hablaré con él.

A la mañana siguiente papá vuelve a recordarme lo de la cena y, nuevamente, le hago la misma promesa que le hice a Marcy la noche anterior. El día

amanece lluvioso, así que me visto unos vaqueros y una blusa celeste y me decanto por unas deportivas blancas. Llego a trabajar a la misma hora de siempre y, como cada mañana, me preocupo por llevarle a Finn su chocolate caliente. Él vuelve a tirarlo a la basura sin ningún tipo de miramientos y yo me prometo a mí misma que ésta será la última vez que tengo un detalle con él.

Entiendo que pueda estar resentido por lo de Mark, incluso celoso porque pase tanto tiempo con Colin, pero lo que no comprendo es el desprecio con el que repentinamente ha decidido tratarme. Me digo a mí misma que “alguien debería recordarle a Finn el concepto de la verdadera amistad” y después decido ignorarle el resto de la mañana.

Cuando se acerca la hora del almuerzo, recibo un mensaje nuevo de Colin preguntándome a qué hora tendré hoy el descanso. Y aunque no me apetece lo más mínimo tener que dirigirle la palabra a mi compañero, termino cediendo. Finn me ignora. Aunque después de repetirle la misma pregunta tres veces seguidas termina murmurando un breve y casi inaudible “cuando a ti te dé la gana”.

La hora de salida se acerca y yo estoy contando los segundos para poder escaparme de este infierno. La tirantez se respira en el aire y hace que la jornada laboral se me antoje insoportable, así que me pregunto qué demonios será de mí si lo mío con Finn no se arregla nunca.

¿Tendré que soportar esto todos los días de mi vida?

Estoy saliendo por la puerta cuando escucho sonar el teléfono de la biblioteca. Me detengo unos instantes y me aseguro que Finn descuelgue la llamada. Después, cuando todo está bajo control, huyo. Literalmente. Bajo las escaleras de forma brusca, torpe y apresurada mientras ardo en deseos por ver a Colin. Necesito hundirme en sus brazos un rato y olvidarme de las preocupaciones.

— ¡ALISON! — grita Finn desde arriba, provocando un eco sordo de su voz por toda la escalera — . ¡La llamada es para ti!

Estoy casi en el primer piso, a solamente unos pocos escalones de mi novio. Sé que podría ignorar la llamada, pero mi faceta responsable es más fuerte que las demás y termino subiendo de malagana hasta la biblioteca. Finn me pasa el auricular — prácticamente me lo tira — con desdén.

— ¿Sí?

Escucho una respiración ronca y masculina al otro lado del teléfono.

— Alison.

La sangre se me congela en las venas. Es Joe. Joe Byers. Procuero tranquilizarme, pero nada más escuchar su voz mi corazón se acelera y mi respiración se agita. Joe es capaz de alterarme como nadie. Y lo peor es que no es en el buen sentido.

— ¿Alison?

— Sí, estoy aquí — respondo, tragando saliva para poder deshacer el nudo de mi garganta.

— ¿Tienes mi libro en la biblioteca? — pregunta, directo al grano.

Esperaba que, al menos, se disculpara conmigo por lo desagradable que fue cuando le visité.

— Sí, lo tengo aquí — le digo, desviando la mirada hacia la puerta del almacén en el que está guardado.

— Quiero que lo destruyas, Alison. ¿Me escuchas? Quémalo, rómpelo o títalo a la basura. Lo que te dé la gana.

Supongo que esta petición no me debería pillar por sorpresa. Joe piensa que su libro no merece la pena.

— No voy a destruir tu libro, Joe.

— ¿Qué parte no entiendes, joder? ¡Quiero que el jodido libro desaparezca!

Incluso a través del teléfono soy capaz de sentir la rabia y el odio que el tono de su voz transmite. La misma rabia que contenían las páginas de su libro.

— ¿Sabes qué, Joe? Si quieres destruir tu estúpido libro, ven aquí y hazlo tú mismo... Yo no lo voy a hacer — le respondo con el tono de voz hastiado, justo antes de colgar el teléfono sin esperar ninguna respuesta.

Supongo que si mi día hubiese sido de otra manera y las cosas con Finn no estuvieran tan tensas, mi reacción habría sido completamente diferente. Puede que me haya sobrepasado. Y puede que Joe lo único que buscase con esta llamada fuera un poco de atención. De ayuda. Pero yo también tengo mis límites y esta vez se han visto saturados.

Aún así, no puedo evitar arrepentirme. Me quedo mirando fijamente el teléfono y rezo internamente porque el maldito trasto vuelva a sonar y sea Joe, insistiendo. Me siento estúpida cuando por fin comprendo que he perdido la oportunidad de poder hablar con él.

— ¿No te ibas a almorzar, Alison? — me pregunta Finn con el tono de voz agrio.

— Esto es absurdo, ¿sabes? — suelto, procurando controlar mi tono de voz, pero dejando claro que empiezo a estar muy cansada — . Te guste o no, vamos a tener que seguir trabajando juntos. Ni siquiera tenemos que ser amigos si no es lo que quieres, pero al menos tendremos que soportarnos, ¿vale? Son demasiadas horas aquí encerrada como para ver cada día esa cara de malas pulgas.

Le reto con la mirada, esperando a que me conteste. ¿Cederá o se mantendrá en las mismas?

Finn echa un vistazo al reloj de su muñeca.

— Estás perdiendo el tiempo de tu almuerzo... ¿Vas a ir, o no? — resopla.

Y aunque ardo en deseos de darle un tortazo en la cara, me contengo y vuelvo a salir de la biblioteca. Esta vez ni siquiera el saber que Colin está ahí abajo, esperándome, consigue calmar el desasosiego que tengo en mi interior.

Mientras bajo un escalón detrás de otro no puedo evitar hacerme la misma pregunta: ¿y si Joe llama de nuevo y yo no estoy?

5

Me ato el cabello en una coleta alta antes de colocarme los pendientes. Son muy largos y elegantes, pero lo que más me gusta de ellos es que pertenecieron a mi madre.

Mi día ha sido tan malo que ni siquiera estoy nerviosa porque Colin vaya a venir a cenar a casa. En realidad, tengo demasiadas preocupaciones rondándome en la mente como para que algo más pueda afectarme. Mi primer pensamiento recurrente es Joe Byers. ¿Qué raro, verdad? Yo también empiezo a estar harta de no conseguir sacarme a ese chico de la cabeza. Y la verdad es que haber leído su libro y haber vivido lo mismo que él no ayuda demasiado. Mi segundo problema es Finn. Supongo que, quizás, si Colin se disculpase con su hermano pequeño las cosas entre nosotros podrían mejorar, ¿no? A fin de cuentas, paso más horas en el trabajo que en casa y no creo que pueda sobrellevar este tira y afloja que se ha formado entre nosotros durante más de un mes. En realidad, creo que ya se ha alargado más de la cuenta.

— ¿Ali? — inquiera Lena, sacando la cabeza por el marco de la puerta — . ¡Es increíble que Colin Newby vaya a venir a cenar a casa! ¡Mis amigas aún no se creen que esté saliendo con mi hermana!

¿Cómo es posible que Colin sea tan popular entre las crías de diecisiete años?

— Relájate, Lena. Solamente será una cena.

— Lo sé, pero me hace ilusión conocer a tu novio.

Lena pasa al interior de la habitación y se deja caer sobre mi cama. Yo aprovecho para calzarme las sandalias y echar un último vistazo a la imagen que me devuelve el espejo.

— Estás muy guapa — asegura ella sin que yo le haya preguntado.

Mi hermana pequeña, a veces, es capaz de sacarle una sonrisa a cualquiera.

— ¿Cómo va el tema de la exposición? — pregunto, cambiando de tema radicalmente para poder centrar la atención en algo diferente a mí o mi novio

— . ¿Ya lo tenéis todo preparado?

— Sí, o eso creo, al menos. Rober ha puesto un cartel en la entrada del pub, anunciándolo. Y según me dice, la gente del pueblo está preguntando muchísimo por la exposición. Creo que tendremos mucho público...

Me alegra mucho que los sueños de mi hermana se estén haciendo realidad. Me acerco a la ventana y me quedo observando la oscuridad que rodea nuestra casa. Nuestro barrio está en calma y, a excepción del vecino de en frente que ha salido a tirar la basura, no se puede ver a nadie en el exterior. Según mi reloj de muñeca, Colin debe de estar a punto de llegar. Sonrío internamente diciéndome a mí misma que si ha accedido a cenar con mi familia es que lo nuestro ya puede considerarse totalmente oficial. Además, parece que no le ha afectado lo más mínimo que sus amigos y yo no terminásemos de congeniar. Aunque a decir verdad, es un tema que no hemos tocado demasiado.

— Vamos a ayudar a poner la mesa, anda — le digo a Lena, propinándole un cachete juguetón en la pierna para que se levante de la cama.

Abajo, Marcy tiene todo bajo control. Es de esperar dada su obsesión porque nada escape a ella.

A papá y a Adam los encontramos en el salón, viendo un partido de fútbol en diferido. Yo aún intento explicarme cómo es posible que sigan manteniendo el

interés a pesar de saber el resultado final, pero supongo que siempre será un misterio a resolver.

Diez minutos después, el timbre de la entrada suena y mi padre sale del salón para dirigirse a abrir la puerta. Yo sonrío con nerviosismo y le sigo muy de cerca para poder presenciar la presentación oficial.

— Buenas noches, señor Grove — saluda Colin con tono agradable.

— Llámame Mike... Tú debes de ser el famoso Colin Newby, ¿verdad?

— Sí, señor.

Puedo sentir el nerviosismo de Colin desde aquí.

— Ya veo... Pasa.

Colin entra al interior y yo me apresuro a adelantarme al resto para poder darle un beso fugaz en la mejilla. Le presento a Lena, que le mira con cara de atontada, y después paso a Adam. Decido dejar a Marcy en último lugar, pero la verdad es que descubro que me preocupaba absurdamente. Marcy y Colin se saludan como si fueran viejos amigos que hacía tiempo que no se veían, sin ningún tipo de rencor.

Cuando nos sentamos en la mesa soy yo la que, repentinamente, se pone nerviosa. Papá empieza a interrogar a Colin sin piedad: ¿trabajas? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Cómo conociste a mi hija? ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?, y así un largo etcétera. Colin se las ingenia para salir bien del paso antes de que yo pueda saltar en su auxilio y desviar el tema de conversación hacia el matrimonio de Adam y Marcy. Y cuando por fin la tensión comienza a desvanecerse y todos parecemos estar a gusto, llega el postre. Marcy se ha pasado la tarde cocinando y ha preparado un exquisito pastel de limón.

— No sabía que te gustase cocinar, Marcy — murmura Colin, un tanto confuso al descubrir esta nueva faceta de mi hermana.

Supongo que en sus recuerdos tendrá a la descerebrada y loca Marcy, ésa que se pasaba los sábados ingiriendo cantidades indecentes de alcohol hasta quedar semi-inconsciente. Me pregunto cuántas veces la habrá visto vomitar en los bares... O quizás, incluso, cosas mucho peores.

— Desde que mi mujer falleció Marcy se ha encargado de casi todos los aspectos del hogar — explica papá con una sonrisa de orgullo — . Alison y ella han sido un gran pilar para nuestra familia.

Ella, que no parece cómoda ahondando en estos temas de conversación, no responde. Cuando terminamos el postre, Colin se disculpa amablemente con mi familia al decir que debe marcharse ya. Según explica, su padre no le concede tregua y al día siguiente tendrá que madrugar más de la cuenta.

— Te acompaño a la entrada — le digo en voz baja, levantándome junto a él.

— Ha sido un placer conocerte, Colin — se despide papá con una sonrisa de oreja a oreja — . Espero tenerte de vuelta por aquí muy pronto.

Le ha encantado.

Estoy convencida de que papá se ha enamorado de él casi tanto como yo. En realidad, tampoco lo dudaba. Colin es una cara bonita, sí. Pero también es bueno, trabajador y formal. Ni siquiera comprendo por qué Marcy tiene ese concepto tan malo de su persona.

Salimos de casa y Colin desliza su mano por detrás de mi cintura mientras camino junto a él hasta la camioneta. Sé muy bien que Lena — y papá — , están observándonos desde la ventada, así que procuro no ser demasiado cariñosa en presencia de nuestro público.

— ¿Subimos a la camioneta? — propongo — , creo que tenemos espectadores.

Colin se ríe y asiente.

Cuando nos quedamos a solas, respiro profundamente para sacar de mí toda la

tensión que se ha ido acumulando a lo largo del día. Necesitaba esto. Estar con él sin que nadie ni nada pueda molestarnos.

— ¿Ha ido bien, verdad? — pregunta, dubitativo.

— Ha ido más que bien.

Me muevo un poco a la izquierda, quedándome justo al lado de la palanca de cambios, y me dejo caer sobre él. Colin acaricia mi cabello de forma tierna en silencio.

— He visto a Marcy muy cambiada... No parece la misma chica de antes.

— Lo sé. La enfermedad de nuestra madre la afectó mucho.

Colin asiente y tira de mi cuerpo para que me incorpore. Después coloca la palma de su mano ahuecada sobre mi mejilla y sonrío de esa forma que paraliza mi mundo en un instante. Sus labios se posan sobre los míos, húmedos y jugosos. Siento su lengua abriéndose paso a mi interior mientras una repentina excitación me recorre de pies a cabeza. Respiro entrecortadamente, empujando mi boca con fiereza contra él. Le deseo. Le deseo muchísimo. A veces tengo la sensación de que este cuento de hadas terminará siendo un sueño, así que procuro aprovechar hasta el último segundo que paso a su lado por si acaso termino despertándome antes de lo previsto. Siento un cosquilleo instalarse en mi bajo vientre mientras recorro el fuerte torso de Colin con la mano. Cuando llego a su pantalón, me permito seguir descendiendo un poco más hasta que siento su dura erección. Me detengo en el acto. Creo que el beso de despedida se nos está yendo un poco de las manos.

— Es una pena que tenga que irme — me dice con una risita juguetona.

Asiento.

La verdad es que no puedo estar más de acuerdo con él.

— ¿Te veré mañana?

Colin traga saliva, tensándose.

— La verdad es que quería hablarte de eso... Mañana es el cumpleaños de Dustin y me ha invitado a una fiesta en su casa. Supongo que saldré tarde de trabajar, así que había pensado en ir directo...

Me siento tentada de preguntar si Millie y Maya irán a esa fiesta. Es decir, si Dustin sí que las ha invitado a ellas; pero al final decido no meter el dedo en la llaga. Dustin y yo no congeniamos, así que de este modo todo será mucho más sencillo para los implicados.

— Me parece bien — respondo de forma escueta — . Pásalo bien en la fiesta — le digo, y aunque no lo pretendo, la decepción resalta en mi tono de voz.

— ¿Te veo pasado, entonces?

— Sí, claro.

Colin me da un breve beso en los labios y yo me bajo del coche sintiéndome un poco triste. Sabía que tarde o temprano sus amigos regresarían y que él tendría que repartir su tiempo para estar con todo el mundo, así que tampoco entiendo muy bien qué es lo que me ha decepcionado. Supongo que me hubiera gustado escuchar que prefería quedarse conmigo antes de ir a la fiesta del estúpido de Dustin.

“Pero es su amigo...”, me digo a mí misma mientras cruzo el jardín para volver a casa. No tengo derecho a estar enfadada.

Cuando entro todos están en silencio, mirándome con una sonrisa traviesa en los labios. Sé muy bien lo que viene ahora: el veredicto.

— ¿Y bien? — inquiero, escrutando de uno en uno el gesto de los presentes.

— Me gusta — confiesa papá el primero.

Y para mi sorpresa, todos están de acuerdo. Lena me dice que “Colin es

genial” y Adam admite que “parece muy buen chico”. La única que se abstiene de hacer comentarios es Marcy.

Subo a la habitación con una sonrisa inamovible en los labios.

Que papá se haya llevado una impresión tan buena de Colin es algo que me hace realmente feliz.

6

— ¿No te vas a separar del maldito teléfono?

Me pregunta Finn con un tono de voz desagradable.

Juro internamente que si continúa tratándome de esa forma tan brusca lo estrangularé con mis propias manos antes de lanzar su cadáver por la ventana de la biblioteca.

— ¿Tienes algún problema con que esté junto al teléfono?

Finn resopla y me hace un gesto despectivo con la mano, como si en realidad le diera igual. Respiro hondo y me digo a mí misma que si dejo que el mal humor me invada desde tan temprano terminaré el día fatal. Además, tengo que ser consciente de que hoy no cuento con la compañía de Colin. Y para ser sinceros, eso me apena. Colin se ha pasado este último mes malacostumbrándome y ahora no sé muy bien qué hacer si él no está.

Me acomodo en el escritorio y decido que ha llegado el momento de pasar página y comenzar una nueva lectura. Desde el libro de Joe Byers, no he vuelto a leer nada más, así que cojo la primera novela que tengo a mano y la abro por la primera página sin molestarme en leer antes la sinopsis. ¿A quién quiero engañar? Estoy sentada junto al teléfono porque aún conservo la esperanza de que Joe vuelva a llamar. Y, para ser sinceros, ni siquiera comprendo por qué he desarrollado esta insana obsesión hacia él. Sí, leí su

libro. Me impactó. Viví su historia y después sentí cómo su mundo se destruía en un solo instante. ¿Pero acaso eso justifica que no consiga sacármelo de la cabeza ni por un momento? Quizás sea porque Joe me recuerda demasiado a mí misma. O puede que, quizás, conocerle en persona haya marcado un antes y un después.

Comienzo la lectura. Cuando llevo más de veinte páginas tengo que parar e intentar encontrarle el sentido a lo que acabo de leer. La verdad es que no le he prestado ninguna atención, cosa muy impropia de mí.

— ¿Vas a salir a almorzar o no? — pregunta Finn, cruzándose de brazos frente a mí.

— ¿Vas a dejar de tratarme de ese modo, Finn? — pregunto con voz calmada, procurando no alterarme — . Yo no tengo nada que ver con los amigos de Colin, te lo aseguro.

— Ya, pero él sí — sentencia — , voy a salir a almorzar.

Me sostiene la mirada unos instantes.

Asiento y le digo que se marche tranquilo. Sé que responderle de la misma mala forma solamente hará que nuestra relación se vaya enfriando y distanciando más, así que decido que de aquí en adelante yo seguiré comportándome como siempre.

Vuelvo a abrir el libro por la primera página, decidida a sumergirme en una nueva lectura que me haga olvidar mi entorno aunque me cueste. El libro de Joe me ha dejado algo parecido a una resaca literaria. He necesitado un espacio de tiempo para poder asimilarlo, superarlo y pasar página. Pero ya ha llegado el momento, ¿verdad?

Escucho un golpe seco contra la biblioteca y dirijo mi mirada hacia allí. En un principio pienso que quizás se trate de Finn, que ha regresado en busca de algo

olvidado, pero no. Nadie entra. Unos segundos después escucho otro golpe y decido levantarme para comprobar qué es lo que está pasando ahí afuera. No he llegado a caminar ni un metro por el pasillo cuando la puerta se abre. La sorpresa de ver a Joe Byers frente a mí hace que libere un grito nervioso y que suelte el libro que llevo en las manos, dejándolo caer contra el suelo de madera. Como no, Joe está guapísimo. No lleva gafas oscuras — por alguna razón, pensaba que todos los ciegos llevaban gafas cuando salían a la calle — y va vestido con unos vaqueros claritos y un polo azul marino que resalta el color de sus ojos. Joe lleva el cabello alborotado. Aunque tiene alrededor de treinta y cinco años, su mata de pelo sigue siendo tan frondosa como en las fotografías que he visto de su juventud. Es tan guapo, que de alguna forma esa belleza innata hace que me recuerde mucho a Colin.

Me quedo inmóvil mientras él camina dos pasos hacia mí, justo antes de que una extraña sonrisa se forme en su rostro.

— Hola, Alison.

Necesito controlar mi respiración y relajarme antes de responder.

— ¿Cómo sabes que soy yo? — inquiero, preguntándome si quizás su ceguera no sea total.

— Coco, vainilla y azahar — señala, cogiendo aire por la nariz — , tu olor es inconfundible.

Me quedo asombrada cuando me lo dice.

Hasta ahora, nadie jamás me había reconocido por mi olor. Es más, ni siquiera suelo echarme perfume.

— Vaya... — murmuro, oliéndome el cabello para comprobar si el aroma proviene del champú.

Ambos nos quedamos en silencio y una extraña tensión se forma entre

nosotros. Como la anterior vez, Joe tiene la asombrosa capacidad de dejarme sin palabras. Me gustaría preguntarle si ha venido él solo hasta aquí o si su madre le ha traído, pero soy incapaz de hacerlo. Sé que es muy susceptible y temo que cualquier pregunta inapropiada pueda alterarle. Quizás se sienta mal por depender de su madre para realizar un trayecto corto o, de la otra forma, interprete que estoy dando por hecho que no puede valerse por sí mismo. “No seas idiota y di algo, Alison”, me digo.

— ¿Vas a darme el maldito libro de una vez por todas?

Recuerdo perfectamente lo que le respondí cuando me pidió que destruyera su libro: “si quieres destruir tu estúpido libro, ven aquí y hazlo tú mismo...”. Y aquí está. Dispuesto a quemar todas esas páginas que durante días me robaron el sueño. ¿Seré capaz de dárselo? ¿Seré capaz de olvidarme de ese libro? ¿Seré capaz de... borrarle a él de mi mente?

— ¿Cómo has venido? — pregunto en lugar de responderle.

Joe frunce el ceño.

— ¿Por qué no me das el libro de una vez y te dejas de tonterías?

Camino unos pasos atrás y vuelvo a tomar asiento en mi escritorio.

— Te he preguntado que cómo has venido, Joe. ¿Me respondes, por favor?

Me siento mal por no ayudarle a caminar hasta aquí, pero sé que cogerle del brazo y guiarle le irritaría aún más. Aunque él no me conoce a mí, yo le conozco muy bien. Joe estira el bastón de madera — que hasta ahora yo había pasado desapercibido — y se adentra otro par de metros en la biblioteca, prácticamente hasta llegar al escritorio en el que estoy sentada.

— He venido en autobús.

Una sonrisa se ilumina en mi rostro.

“¿Ves cómo no eres un completo inútil, Joe? ¿Ves cómo aún puedes ser independiente?”. Me muerdo el labio y le pregunto si quiere sentarse conmigo a charlar, pero él niega y vuelve a preguntarme por el libro.

— No estoy dispuesta a ceder tan fácilmente — le aclaro, procurando utilizar mi astucia y no desaprovechar la ocasión — , así que siéntate y charlemos.

Puedo sentir su mal humor incluso a esta distancia y sin que diga nada. El Joe de antes del accidente actuaría de una forma muy diferente a esa, pero supongo que me toca lidiar con lo que hay.

Le miro. Camina estirando el bastón hasta que éste choca contra el libro que antes he dejado caer. Joe lo esquiva antes de llegar a la silla que hay junto a mí y de sentarse.

— ¿Por qué? — pregunta.

Yo sonrío.

¡Dios! Le conozco tan bien... Cualquier otra persona respondería “¿Por qué, qué?”. Pero yo no. Sé muy bien a qué se refiere.

— Porque quiero conocerte más, Joe. Así de sencillo.

En realidad, ya le conozco muy bien.

La respuesta más sincera sería “porque no estoy preparada para sacarte de mi vida”, pero supongo que si dijera eso parecería una psicótica y alguien terminaría metiéndome en un centro de salud mental.

— ¿Qué quieres saber de mí?

Esta vez su tono de voz suena mucho más relajado y confiado.

— Mmm... — murmuro, pensativa — . ¿Qué ves? — inquiero. Joe frunce el ceño sin comprender muy bien mi pregunta — . Es decir, ¿lo ves todo negro?

Él suelta una risita divertida. Como si yo fuera una niña pequeña curiosa cuyas

preguntas no fueran más que absurdeces demasiado obvias.

— No. Veo todo... — comienza, pero al final se detiene en busca de un modo mejor para explicarse — . Es como si tuviera un foco de luz delante de mis ojos. Lo veo todo con mucha luz... y entre esas luces consigo distinguir algunas formas.

— ¿Puedes ver mi forma?

Joe sonrío y me sorprende al comprobar que es exactamente la misma sonrisa que me he imaginado que tendría mientras leía su libro.

— Sí. Tú forma la veo particularmente bien.

— ¿Entonces? ¿Me has reconocido por mi olor o por mi forma? — me río, bromeando.

— Ambas — responde él con seriedad — . Las dos cosas te hacen peculiar. Si contesto a tus preguntas... ¿Me devolverás mi libro?

Joe se ha tornado serio, pero no me importa.

Sé que debajo de esa faceta de gruñón insoportable sigue estando el chico que he leído y que yo conozco tan bien.

— No lo creo — aseguro, incapaz de no reírme — , pero puedes probar suerte.

Se muerde el labio con seriedad, aunque es obvio que con ese gesto está intentando reprimir una sonrisa rebelde.

— ¿Por qué? — pregunta.

Y nuevamente no necesito preguntarle a qué se refiere.

— Porque me gustas — le digo sin pudor.

Creo que es evidente que mi afirmación no conlleva ninguna connotación

sexual, así que me siento muy cómoda al decírselo.

— Ya no soy el mismo, Alison.

— Quizás me guste más el nuevo Joe que el viejo.

— Lo dudo mucho.

— ¿Por qué no me dejas probar suerte?

Y lo hace.

La siguiente media hora la pasamos hablando de todo y de nada. Joe no me cuenta mucho de su nueva vida y yo procuro no insistir más de la cuenta. Supongo que es mejor dejar que me explique lo que él quiera. Además, después de leer su libro conozco casi al detalle toda su existencia. Desde que se quedó ciego después del accidente de moto su vida prácticamente se ha resumido a sobrevivir desde la habitación de la casa de sus padres, por tanto, poco hay que contar al respecto.

Finn llega un poco más tarde de lo habitual, pero en vez de protestar le dedico una sonrisa y le digo que ahora saldré yo.

— Haz lo que te dé la gana, Alison — escupe de malas formas.

Aún así, no puede apartar la mirada de mí y de Joe. Sé que, en el fondo, se está preguntando quién diablos es y para que ha venido a la biblioteca.

— ¿Me acompañas a almorzar? — inquiero en un susurro.

Joe parece un poco contrariado con mi propuesta, pero al final acepta.

Salimos de la biblioteca.

Mientras bajamos, yo me quedo asombrada contemplando cómo se las apaña para hacer todo sin la ayuda de nadie. Joe se agarra a la barandilla y comienza a descender los escalones con la vista fija al frente, como si pudiera ver lo que está haciendo. No digo nada. Simplemente aminoro la marcha y me adapto a su ritmo.

— ¿Qué le pasa a ese compañero tuyo?

Resoplo.

— ¿Finn? Que es imbécil.

— ¿No me lo vas a contar?

Comenzamos a cruzar la plaza con lentitud.

Madeleine me saluda de fondo, sacudiendo la mano enérgicamente. Yo le devuelvo el saludo sin apartarme del lado de Joe.

— Pues... La verdad es que hay poco que contar — explico — , le cae mal mi novio y, por consiguiente, yo he pasado a caerle mal.

Me doy cuenta de que le hablo como si fuera mi amigo de toda la vida. Como si nos conociéramos de siempre.

— O sea que eres de esas chicas, ¿verdad?

— ¿De esas chicas? — pregunto, aunque sospecho lo que me quiere decir.

Madre mía.

Conozco a Joe tan bien que incluso me da miedo.

— De esas chicas que van por ahí rompiendo corazones.

Sacudo la cabeza en señal de negación — a pesar de que él no pueda verme — .

— En realidad, ese mérito te lo he dejado a ti en exclusiva — señalo, recordando a la pobre Deborah.

Él suelta una risotada tremenda y yo tiro de su brazo levemente para que entre en la cafetería de en frente. Puedo sentir cómo una sacudida eléctrica nos recorre a ambos en el momento del contacto y soy consciente de que es la primera vez que toco a Joe Byers. La primera vez que estoy tan cerca de él.

— ¿Qué te apetece almorzar?

— Exactamente lo mismo que almuerces tú, Alison.

Nos sentamos en la mesa del fondo. Es extraño porque, generalmente, suelo ocupar este lugar con Colin. Por primera vez desde que Joe ha cruzado el umbral de la biblioteca pienso en mi novio y me doy cuenta de que, en realidad, ya ha dejado de importarme el hecho de que vaya a acudir a esa estúpida fiesta con Dustin. Tengo la sensación de que algún día Colin comprenderá que su amigo es un auténtico idiota.

Pedimos una hamburguesa con patatas para cada uno y, aunque no tengo mucha hambre, me decido también por unos nachos para compartir. Los nachos de esta cafetería tienen muchísima fama en todo Alnmouth y no quiero que Joe se vuelva a casa sin probarlos.

— ¿Por qué no quieres que destruya el libro? No me apetece tener más acosadoras como tú en mi vida.

— Las acosadoras podemos ser muy divertidas — respondo sin dejar de masticar una patata frita.

— No, te aseguro que no.

— Joe... Ya te lo dije la primera vez. El libro es bueno — confieso con sinceridad — , muy bueno, en realidad. Solamente necesita unos cambios para...

— ¿El final? ¿Eso quieres que cambie?

Trago saliva antes de responder.

— No estás muerto. Ese maldito accidente no te mató... — susurro en voz baja para que nadie más pueda escucharme — . Sé que piensas que lo has perdido todo, pero en realidad... has ganado una nueva forma de vivir.

Creo que eso último que acabo de decir es una soberana estupidez. Desde luego, ponerme filosófica no es lo mío. Joe tarda unos segundos de más en asimilar mi frase y cuando por fin la interioriza salta en carcajadas.

— ¿Una nueva forma de vivir? — repite, riéndose a pleno pulmón.

Al final, termino contagiándome de su risa y yo también me uno a él. La poca gente que hay en la cafetería nos mira con curiosidad, pero no me importa.

— Vale, sí. Soy estúpida — admito en voz baja — . Pero solamente he dicho la verdad. El libro es bueno, pero le falta un final feliz.

— Yo no he tenido ningún final feliz — me dice con la voz ronca.

— Come — digo, instándole. Joe se dedica a escucharme con atención y prácticamente ni ha tocado la hamburguesa — . Y sí, sí podrías tener un final feliz. Solamente tendrías que quererlo.

Puedo sentir cómo sus músculos se tensan y aprieta la mandíbula. Sospecho que está a punto de soltarme una grosería, pero finalmente no lo hace.

— Háblame de tu novio — me pide un buen rato después.

La verdad es que no sé muy bien qué decir.

— En algunos aspectos me recuerda a ti — confieso en voz alta — . Colin es alto, guapo, deportista... Era un chico popular en el instituto y es muy conocido en el pueblo.

— Vaya... No sé porqué, no te imaginaba con un tipo así.

Al decirlo, inconscientemente, me acuerdo de Marcy y de lo que piensa al respecto. ¿Por qué diablos nadie imagina que pueda merecer a un chico como Colin?

— No soy tan fea — me río, bromeando, pero continúo antes de dejarle responder — . Llevamos saliendo juntos solamente un mes, pero ha sido intenso. Ha terminado la universidad y está haciendo las prácticas en el bufete de su padre.

— Suena genial.

— Sí, lo está siendo — admito con sinceridad.

— Y si Colin es tan bueno y perfecto... ¿Por qué tu compañero le odia? A parte de la razón obvia, claro.

— ¿Cuál es la razón obvia?

Joe se ríe antes de llevarse un nacho con guacamole a los labios. Me quedo mirando fijamente su boca y sus movimientos. Su forma de masticar. Todo en él desprende un aire sensual que me parece irreal.

— Que está enamorado de ti.

— Te equivocas... — murmuro con la boquita pequeña.

— Contéstame — me dice, sacudiendo la cabeza — . ¿Por qué le cae tan mal?

— Los amigos de Colin son... imbéciles. No importa que ya tengan cierta edad y sean mayorcitos porque siguen comportándose como adolescentes inmaduros.

— Ya. Te entiendo.

— Pero Colin no es así.

Y esta vez, al decirlo, dudo un poco.

¿Y si en realidad sí que lo es? ¿Y si simplemente mantiene esa faceta de chico dulce y bueno en mi presencia? ¿Por qué le ha sacado la cara a Dustin? ¿Por qué no intercedió en el asunto antes de que yo me interpusiera entre sus amigos y Mark?

Sacudo esos pensamientos de mi cabeza y decido que es mejor no pensar en tonterías. Conozco bien a Colin y sé muy bien que no tiene absolutamente nada en común con su amigo. Mientras medito en todo ello, me aventuro a coger el último nacho del bol y mi mano choca con la de Joe. Vuelvo a sentir esa corriente eléctrica, pero ésta vez es tan fuerte que incluso doy un pequeño respingo.

— Sí... Electrocutas — me dice.

— No, el que electrocuta eres tú. A mí no me pasa con nadie más.

Joe se ríe y me indica con un gesto que me coma yo el último nacho.

— Te lo doy. Yo ya los he probado muchas veces.

Él niega rotundamente, así que cojo el nacho del bol.

— Abre la boca — ordeno con voz autoritaria.

Joe vuelve a negar con rotundidad, pero esta vez se le escapa una pequeña risita.

— ¡Venga, abre!

Al final, cede.

Le meto el nacho en la boca y, aunque es un simple gesto amistoso, es inevitable que le encuentre cierta connotación más sensual.

— Alison... — susurra Joe con voz juguetona — , no vas a devolverme el libro, ¿verdad?

Mi sonrisa se ensancha.

— Verdad.

Después de insistir mucho, consigo convencer a Joe para que se quede hasta el cierre de la biblioteca con la promesa de que cuando sea libre de mis obligaciones yo misma le llevaré a Eyemouth en coche. Para asegurarme de que Marcy no se opondrá a dejármelo, le mando un mensaje y le explico, muy brevemente, que es una petición de máxima necesidad. Ella me contesta un simple “puedes cogerlo” sin precisar de más detalles; aunque sé muy bien que aprovechará otro instante para interrogarme al respecto.

Hoy, en todo el día, no he sabido nada de Colin. Ni un mensaje, ni una llamada... Sé que me había dicho que después de trabajar se marcharía directo a casa de Dustin pero esperaba, al menos, tener algún tipo de noticias por su parte a lo largo del día.

Joe se sienta en la butaca del ventanal mientras yo aprovecho para informatizar los pedidos entrantes. Le miro fijamente y tengo la sensación de que está distraído contemplando el exterior. Pero no es posible, claro.

— ¿Qué hace aquí? No tenemos libros en braille — susurra Finn en mi oído para que él no pueda escucharle.

Es increíble, pero esta vez no ha empleado un tono malhumorado. Supongo que la curiosidad es más fuerte que su enfado.

— Es Joe Byers... El del libro.

Finn pestañea, incrédulo.

— ¿Me estás tomando el pelo? ¿Es ciego? — pregunta, asombrado.

— No te estoy tomando el pelo. Y sí, es ciego — aseguro — . Ha venido desde Eyemouth y le he dicho que si esperaba al cierre le acercaría a casa.

Finn se queda observándole muy fijamente.

— ¿Qué se supone que está haciendo ahí sentado? ¿Puede ver algo?

Me encojo de hombros. La verdad es que yo tampoco lo entiendo.

— Alison... — susurra en voz baja sin apartar los ojos de Joe — , si quieres, puedes irte ya. Cerraré yo la biblioteca.

— ¿Lo dices en serio? — pregunto, sopesando si es algún tipo de encerrona.

¿Ha dejado una trampa para osos en la puerta y espera atraparme en ella o de verdad estamos firmando la paz?

— Vete ya, anda — me dice con voz dulce.

— ¿Esto qué significa, Finn?

Él sonrío y por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación de que vuelve a ser mi amigo de siempre.

— No me estoy disculpando contigo ni pienses que lo voy a hacer — puntualizada — , pero... estamos bien.

— Supongo que con eso me basta — sentencio, feliz porque esta tortura haya llegado a su final.

Salimos a la calle y comenzamos a caminar en dirección a la parada de autobús, pero Joe me pide que vayamos hasta mi casa caminando.

— Está lejos — le advierto — , a unos cuarenta minutos.

— No importa. No tengo nada mejor que hacer.

Y de esa forma, comenzamos a caminar cruzando Alnmouth por completo. Joe

no utiliza siempre su bastón, sino que a ratos lo lleva su lado. Según me explica, que vaya yo a su lado implica que el riesgo de chocar contra un objeto sea prácticamente nulo. Además, da por hecho de que le avisaría de ser así. Me apetece bromear y decirle que no, que le dejaría caerse, pero aún no me siento lo suficiente cómoda para hacer ese tipo de gracias.

— Joe... ¿qué hacías antes en la ventana?

— Tomar el sol — explica —. Las ventanas hacen un efecto lupa muy agradable.

Me río tontamente y me digo a mí misma que he sido una estúpida por no darme cuenta. De camino a casa hablamos de Nancy. No sé cómo diablos termina saliendo en la conversación, pero antes de que quiera darme cuenta la ex-prometida de Joe se convierte en la protagonista del paseo.

— Sé que se casó poco después de dejarme y que ahora es madre. Y me alegro por ella, de verdad. Quedarse a mi lado únicamente habría servido para limitar su vida.

— No digas eso, Joe. No es verdad.

— Sí es verdad — me dice, sonriente —. ¿Sabes, Alison? Antes has dicho que yo te recordaba mucho a Colin... ¿En qué sentido?

Sopeso unos instantes la pregunta antes de responder.

— Los dos sois muy atractivos — confieso, sonrojándome un poco —, sois cabezones, conseguís lo que os proponéis y...

— Estás comparando a tu novio con el antiguo Joe — me corta, sin dejarme terminar.

— Sigues siendo atractivo — puntualizo para que vea que no tiene razón —, sigues siendo un cabezón y si no consigues ahora lo que te propones es porque

no quieres.

Él se ríe.

— ¡Cuántas mentiras! — exclama, riéndose.

La tensión entre Joe y yo ya no existe. Poco a poco se ha ido desvaneciendo hasta que, ahora mismo, ya ni siquiera se puede encontrar rastro de ella. Me siento muy cómoda a su lado y tengo la sensación de que el sentimiento es mutuo. Además, es agradable poder tenerle aquí, frente a mí, y no metido en mi cabeza las veinticuatro horas del día. Es como si mi obsesión por él se atenuase.

Mientras caminamos, Joe me explica lo diferente que se perciben las cosas cuando uno de tus sentidos queda anulado. Me cuenta que el oído y el olfato se le han acentuado muchísimo y que, desde que perdió la visión, aprecia otros matices de la vida que hasta entonces siempre había pasado por alto. Escucharle es tan agradable que ni siquiera soy consciente de que estamos a punto de doblar la esquina que da a la calle de mi casa.

— ¿Me esperas un instante? Solamente tengo que coger las llaves del coche.

Joe asiente y se apoya contra el coche de mi hermana para esperarme. Yo cruzo el jardín escopetada, entro dentro y pego un grito anunciando mi presencia.

— ¡¡Marcy!! — exclamo a pleno pulmón — . ¡Me llevo tu coche, Marcy!

Cojo las llaves de la entrada y, sin esperar ningún tipo de respuesta, regreso al jardín. Joe sigue apoyado en el coche y, desde aquí, percibo un aire de despreocupación por su parte muy agradable. Es como si estuviera totalmente en calma y no tuviera ninguna prisa. Como si el mundo girase al mismo ritmo que él.

— Estoy de vuelta. ¿Subes?

Él me dedica una sonrisa y comienza a rodear el coche con calma. Mientras tanto, yo me subo al asiento piloto y voy colocando los retrovisores a mi altura.

— ¿Sabes conducir de verdad? — me pregunta Joe.

Y lo dice tan serio que yo no sé si es una broma o si su preocupación es real.

— ¡Claro que sí! — respondo con indignación, justo antes de poner el coche en marcha y salir disparada marcha atrás para darle un buen susto.

— ¡Eh, suave, suave! — grita Joe, que no ha pasado por alto mi acelerón.

Yo me río internamente y me incorporo a la vía; ahora sí, con mayor calma.

Tenemos un trayecto largo por delante. Y aunque si fuera por mí recorrería la distancia hasta Eyemouth charlando con él, decido encender la música y concederle un poco de paz. Joe parece agradecerlo, porque no dice nada ni se molesta en entablar una conversación hasta transcurrido un buen rato.

— ¿Te gusta la música de los ochenta?

— Sí — respondo con la atención puesta en la carretera.

— ¿Por qué?

Una sonrisa se dibuja en mi cara. Me encanta esa forma que tiene de preguntar “¿por qué?” y me vuelve loca la forma en la que entona la pregunta. Además, aunque muchas personas no comprenderían a qué se refiriere con ella, yo siempre soy capaz de comprender el trasfondo con el que la pronuncia. Quizás, alguien que no conociera a Joe, respondería algo estilo: “me gusta la música de los ochenta porque fue una de las mejores épocas en cuanto a géneros...”. Pero no. Yo sí conozco a Joe y sé muy bien qué es lo que quiere saber.

— Mi madre. Me recuerda a mi infancia, cuando los domingos ponía música a

todo volumen para limpiar la casa y mis hermanas y yo nos poníamos a bailar en el salón — le explico con una sonrisa tonta y nostálgica.

— ¿Y qué solía escuchar?

— Mmm... Un poco de todo: Whitney Houston, Prince, The Police...

Joe asiente sin mirarme.

— ¿Y sigue escuchando lo mismo? ¿Sigue poniendo música de los ochenta todos los domingos para limpiar la casa?

Trago saliva y un nudo muy fuerte me estrangula el estómago.

Por lo general, hablar de mi madre no me crea ninguna ansiedad, pero hablar de su muerte es un asunto muy diferente. Sobre todo con Joe. Tengo la sensación de que este chico es capaz de intensificar mis sentimientos al máximo. Es como si esa corriente eléctrica no ocurriera únicamente al mantener el contacto físico .

— No... Ahora... — respiro profundamente — . Está muerta.

Soy incapaz de retener un par de lágrimas al decirlo.

Quizás sea porque Joe me recuerda lo mucho que deseé su muerte mientras aún estaba viva. O quizás sea porque aún no he sido capaz de perdonármelo. O puede que, quizás, tan solamente sea porque él me recuerda demasiado que la vida merece la pena vivirla, incluso aunque haya sufrimiento. Intento prestar atención a la carretera, pero de forma involuntaria mi mente proyecta la imagen de mamá tumbada en la cama del hospital aquella última noche en la que me despedí de ella. Yo solamente podía pensar; ¿será ésta la última vez que le digo adiós? ¿Terminará de una vez por todas este maldito dolor? ¿Podremos descansar todos en paz y se marchará el odioso cáncer? ¿Recuperaremos nuestra vida? ¿Seremos capaces de volver a sonreír?

— ¿Un accidente? — pregunta Joe.

El maldito nudo de mi estómago no me deja responder. Sé que, si digo una sola palabra, me echaré a llorar.

Porque sí, tengo que admitirlo: la echo de menos cada segundo de mi existencia. Y si ahora mismo pudiera viajar en el tiempo, le diría a la Ali del pasado que aprovechara cada minuto a su lado porque, después, ese tiempo jamás regresaría. Le pediría que sujetase su mano muy fuerte y estuviera junto a ella noche tras noche, aunque implicase acudir al trabajo después de traspasar. Le suplicaría a la Ali que tiempo atrás fui que le recordase a mamá lo mucho que la ama, porque llegaría un día en el que se arrepentiría de no haberlo dicho. Pero es tarde. No puedo volver al pasado y tal y como deseé, las oportunidades para despedirme ya se han agotado.

— No... fue... una enfermedad — murmuro en voz muy baja.

Me muerdo el labio y respiro hondo, obligándome a dejar de llorar.

¡Joder! ¿Pero qué diablos me pasa? ¿Por qué no puedo mantener a raya esta ansiedad?

— ¿Cómo?

Otra de las preguntas de Joe. «¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?»

Me doy cuenta de que es esa forma que tiene de preguntar sin especificar lo que tanto me gusta. Esa manera de abrir muchos abanicos y de dejarte a ti contar lo más importante o lo que más te interesa.

— Cáncer...

Los dos nos quedamos en silencio un buen rato.

Supongo que él está concediéndome una pequeña tregua para que me tranquilice y yo, en cambio, estoy procurando dejar de llorar. Llora en silencio, sin hacer ruido. Y mientras las lágrimas humedecen con sigilo mi rostro, me pregunto si él se estará dando cuenta o no. ¿Será Joe consciente de que, junto a él, viaja una chica llorando?

— ¿Sabes, Joe? — pregunto con cierto tono de rabia en la voz — . Daría lo que fuera porque ella hubiera sobrevivido al cáncer. Daría lo que fuera porque hoy estuviera aquí, y no me importaría tenerla delante ciega, sorda, manca o coja. Me daría igual con solamente poder estar a su lado.

— No seas egoísta, Alison.

Aprieto los puños alrededor del volante. Sé a qué se refiere, pero ni siquiera ahí puedo darle la razón.

— Ella hubiera dado su vista, su oído, su brazo, su mano o incluso sus dos piernas por estar hoy aquí con sus hijas... Lo sé. Lo sé muy bien... La conocía. Ella... — guardo silencio un momento y procuro canalizar la rabia, el odio y la tristeza que me comen por dentro — . Ella luchó hasta el final... Y le dio igual perder la fuerza, la masa muscular, la capacidad de caminar... Incluso le dio igual no ser capaz de respirar por sí misma. Nada de eso la hizo rendirse. Luchó.

— Alison, es mejor que seas directa con tus insinua...

— ¿Sabes cuántas veces nos dijeron los médicos que no pasaría de una noche? — le pregunto, retándole con mi voz mientras me deshago en un mar de lágrimas — . La primera lloramos tanto... La primera fue... — intento encontrar las palabras, pero el dolor que siento es tan fuerte que se traga mi voz y me paraliza las cuerdas vocales — . La primera vez sufrimos mucho y le dijimos adiós. Fue la más dolorosa — cuento, esquinando el coche y parándolo en el arcén. Estoy tan nerviosa que la pierna del embrague no para de temblarme, y temo terminar provocando un accidente — . ¿Y sabes lo que nos contestó ella? Nos decía: no voy a morir. Los médicos le decían que solamente le quedaban unas horas de vida, pero ella estaba segura de que se equivocaban. Mi padre necesitó que le pusieran una inyección para la ansiedad... Y ella... Ella seguía diciendo que no iba a morir.

— Alison... No puedes hacer comparaciones...

— Tuvieron que operarla muchas veces, ¿sabes? — escupo sin siquiera mirarle a la cara — . Le quitaron un pulmón y un buen trozo de hígado, Joe. Seguramente, aunque hubiera sobrevivido, jamás habría conseguido levantarse de una silla de ruedas... Y no, no hago comparaciones porque no las hay. Solamente puedo ver las diferencias.

— ¿Diferencias? — pregunta con voz ronca, muy serio.

El sonido de los intermitentes de emergencia resuena cuando ambos guardamos silencio.

— La diferencia es que mi madre quería vivir a toca costa y que tú... quieres justo lo contrario.

Me siento mal.

Creo que jamás en mi vida me había odiado a mí misma. Creo que, ahora más que nunca, soy capaz de comprender la atrocidad que deseaba... Quería, exactamente, lo que Joe Byers desea en estos momentos: que todo termine ya. Y es el deseo más repugnante y cobarde que existe.

— Alison, por favor... No llores — suplica.

Pero ya es tarde.

Supongo que una vez abres la caja de pandora no la puedes volver a cerrar tan fácilmente.

— Alison...

Le miro y me doy cuenta de que sus ojos están acuosos.

Hipo, respiro entrecortadamente y sollozo mientras me tapo la cara con las manos. No me siento orgullosa. Me falta el aire. Me cuesta respirar. Tiro del picaporte de la puerta y la abro de golpe, dejando que el aire fresco de la tarde se filtre en el coche junto a los sonidos de la autopista. Estoy a punto de

salir al arcén cuando Joe tira de mi brazo y me retiene.

— Suéltame... — sollozo con la voz resquebrajada.

Él niega rotundamente con la cabeza y yo lucho por liberarme, pero Joe es mucho más fuerte. Me retiene con fuerza, y cuando por fin me rindo, me estrecha entre sus brazos. Hundo la cabeza en su pecho y dejo que todo ese dolor mezclado con culpabilidad salga al exterior. Su mano se paseaba por mi espalda lentamente, acariciándome. Poco a poco me voy relajando y, al final, consigo dejar de llorar. Aún así, Joe no me suelta. Continúa acariciándome suavemente, tranquilizándome. Y la verdad es que funciona.

— ¿Estás mejor? — me susurra al oído.

Asiento con la cabeza y me aparto lentamente de él, deslizándome hacia mi asiento.

— Creo que deberíamos continuar — murmuro, un tanto avergonzada por mi repentino ataque de histeria.

Joe asiente en silencio mientras yo me abrocho el cinturón de seguridad y me vuelvo a poner en marcha. ¿Qué diablos acaba de ocurrir? ¿Desde cuándo pierdo el control de esta manera? En realidad, nunca lo había hecho. Ni con Marcy, ni con Lena, ni con papá. Y mucho menos con Finn o Colin. Jamás había sido capaz de abrirme de este modo, y aunque ahora me siento mucho mejor, tengo la sensación de que la espina todavía sigue clavada muy dentro de mí.

Circulamos en silencio unos minutos y al final, decido que tengo que sacarlo todo fuera. Debo dejar de torturarme y permitir que me juzguen.

— Yo quería que... ella se muriera — le cuento con la voz rota, aunque ahora estoy mucho más sosegada.

Joe no dice nada. Continúa con la vista fija al frente, en silencio.

— ¿No vas a decirme nada?

— Nada de lo que te diga hará que te sientas mejor, Alison. Créeme.

Y ésa es la última vez que decimos algo en voz alta en todo el trayecto.

9

Aparco el coche frente a la casa de Joe y apago el motor.

Supongo que podría dejar el coche en marcha y despedirme, pero no quiero separarme de él tan rápidamente. No quiero que se marche.

— Creo que ahora estamos un poco más en igualdad de condiciones. Aunque aún queda mucho.

Le miro con curiosidad, sin comprender a qué se refiere.

— No te entiendo — admito.

Joe dibuja una sonrisa en el rostro.

— Te has leído mi libro. Conoces mi vida... O buena parte de ella. Y conoces mis sentimientos — explica — . Yo no sabía nada de ti. Y ahora... Ahora te entiendo un poco más.

— ¿Y qué piensas de mí, Joe?

Su sonrisa desaparece unos instantes, pero después regresa.

— Pues... Sé que eres muy lista, que has sufrido mucho y que eres una luchadora — me explica — . Y también sé que te has obsesionado conmigo porque crees, internamente, que ayudarme a mí puede servirte para redimirte de tus pecados.

— Eso es mentira — me río de forma tonta, aunque en el fondo no puedo evitar preguntarme si tendrá algo de razón.

— El problema es que no has cometido ningún pecado, Alison. Y supongo que

tarde o temprano terminarás dándote cuenta y aburriéndote de mí — continúa, ignorando lo que acabo de decirle.

— ¿Eso quieres, Joe? ¿Quieres qué me aburra de ti?

Él suelta una risita, como si yo fuera lo más divertido que ha escuchado en su vida. Sus ojos azules chispean al reírse y no paso por alto la sonrisa tan bonita que tiene. Empiezo a pensar muy seriamente que mi obsesión por las sonrisas va más allá de lo normal. Además, no debo de mirar a Joe con ojos perversos; no me conviene. Dejando de lado que me saca diez u once años de edad, yo tengo novio. Un novio que no quiere morirse y terminar con todo. Un novio con el que siempre soñé y que, en contra de lo que piensa Marcy, me conviene y me hace feliz.

— Estoy dispuesto a comprobar cuánto tardas en hacerlo — admite, aún con ese tono de diversión — . Por cierto, ¿puedo pedirte una cosa?

— Claro.

Joe tira de la palanca del asiento y echa el respaldo hacia detrás hasta quedar tumbado. Yo, confundida, me pregunto qué diablos está haciendo.

— Descríbeme lo que estás viendo.

Él cierra los ojos y yo... Yo intento abrirlos y captar todo lo que hay a mi alrededor.

— Los vecinos de enfrente de tu casa tienen las luces encendidas. Creo que están viendo la televisión en el salón.

— ¿Y la casa de mis padres? ¿Cómo está?

— Las luces de la planta baja están encendidas, el césped está mal cortado y la verja un poco rota. Creo que deberían cuidar el jardín — le digo, medio en serio, medio en broma — . La calle está tranquila. Ahora mismo somos las

únicas personas del exterior. El cielo... — murmuro, levantando la vista al cielo — , está despejado y ya ha oscurecido.

— ¿Hay estrellas? Echo de menos las estrellas.

— Hay estrellas — respondo, casi con ilusión — . Muchas. Y la luna está llena y brilla con mucha fuerza.

Joe se queda en silencio.

Supongo que está intentando imaginar todo lo que le acabo de decir.

— Gracias, Alison — me dice al de pocos minutos.

Vuelve a subir el respaldo del asiento y, con ayuda de su bastón, desciende del coche. Yo me apresuro a imitarle y rodeo el vehículo para quedar junto a él.

— ¿Me vas a acompañar hasta casa? Creí que las chicas no hacíais esas cosas — se ríe.

— Estamos en el siglo veintiuno, Joe. Deja de ser tan anticuado, por favor.

Su risa se intensifica aún más. Y me encanta. Tiene una risa bonita y libre, de esas que uno siente hasta en el corazón.

— Alison... Antes me has dicho una mentira.

Llegamos a la verja de su jardín y nos detenemos. Interpreto que ha llegado la hora de la despedida.

— ¿Una mentira? — repito, rebuscando en mis recuerdos sin ningún éxito.

— Sí. Has dicho que no eres guapa.

Suelto una risita nerviosa.

— Bueno, es la verdad... No soy nada del otro mundo.

— Yo creo que sí — responde muy serio.

— ¿Y por qué lo crees Joe?

Él desliza su mano hasta mí y sujeta mi muñeca, rodeándola con sus dedos.

— Eres delgada, tienes una voz preciosa y... Me confundes. Creo que los demás te ven mucho más guapa de lo que tú te ves, lo que me hace pensar que eres irresistiblemente preciosa.

— ¿Irresistiblemente preciosa? — repito, esta vez sin poder contener la risa
— . Te equivocas, Joe.

— Sí. Yo te veo irresistiblemente preciosa.

Y lo dice tan serio que enmudezco, confusa y algo aturdida porque Joe Byers, ese Joe que tantas horas de lectura me ha dado, me haya dicho algo semejante. Me quedo en silencio, mirándole. Su mano aún rodea mi muñeca, pero esta vez solamente siento cosquillas en mi estómago. Nada de electricidad. Solamente..., esa sensación extraña que a veces Colin despierta en mí. Pero él no es Colin. Así que, ¿por qué tengo tantas ganas de besarle? ¿Por qué no soy capaz de apartar mi mirada de sus labios?

— Gracias, Alison — me dice a modo de despedida, soltándome la mano y rompiendo el instante.

Joe abre la puerta de la verja y pasa al interior.

— ¿Gracias por qué? — pregunto, aunque él ya se está alejando.

— Por traerme hasta casa.

“Claro, tonta”.

Me quedo mirándole cómo sube las escaleras sin ayuda del bastón. Yo aún continuo paralizada mientras él saca las llaves del bolsillo.

— ¿Joe? ¿Te veré pronto? — inquiero, nerviosa, procurando desesperadamente alargar este momento junto a él.

Es como si le necesitase. Como si quisiera retenerlo a mi lado.

Supongo que ni siquiera puedo considerarlo un sentimiento sano, porque a decir verdad todo lo que Joe despierta en mí es extremo y perturbador.

— Ya sabes dónde vivo, Alison.

Y con esa respuesta me sobra y me basta para ser feliz.

— Claro. Sí. Hasta... pronto — me despido, viéndole entrar al interior.

Camino hasta el coche de Marcy con paso lento. Cuando llego, levanto la mirada y vuelvo a ver las estrellas que inundan el cielo. Me pregunto cómo se las habrá imaginado Joe y si el resultado habrá sido parecido a la realidad.

Después me subo en el coche, sintiéndome extraña, y decido que ha llegado la hora de regresar a casa. Aún no he arrancado el vehículo cuando dos golpes secos contra mi ventana me hacen saltar por los aires, asustada. Me giro y veo a la señora Byers vestida con la bata de estar por casa y un moño alto y despeinado. Me apresuro a bajar la ventanilla con rapidez sin comprender qué ocurre.

— ¿Señora Byers?

Ella introduce su cuerpo por la ventanilla para estrecharme entre sus brazos.

— ¿Pero qué...? — murmuro, sin comprender qué ocurre.

— Gracias — me susurra en voz bajita, casi como si estuviera suplicando a un Dios — . Gracias. Muchas gracias.

Después, se separa de mí y, sin decir nada más, se aleja corriendo hacia su casa. Desde aquí me percato de que lleva puestas unas esponjosas zapatillas de color rosa. La veo adentrarse en el interior de su casa, pero justo cuando va a cerrar la puerta, me mira. Y sí. Sonríe.

10

A pesar de todas las emociones vividas el día anterior, he conseguido dormir de un tirón toda la noche. Cuando suena el despertador y me voy a la ducha, me doy cuenta de que sufro una resaca emocional que me aletarga el cuerpo. Es extraño. Es como si el día anterior hubiera sido demasiado intenso y me hubiera dejado algo parecido a unas agujetas. Agujetas emocionales.

Deslizo un vestido blanco de tirantes por mi cabeza y me coloco las sandalias más cómodas que tengo. Como voy mal de tiempo, me peino el cabello y dejo que se me seque al natural.

— Buenos días — saludo al entrar a la cocina.

Lena, Marcy y papá ya están abajo.

Me devuelven el saludo y papá desliza un vaso de zumo de naranja frente a mí. Hoy todo el mundo está muy silencioso, así que me adapto a mi entorno y me como la tostada de frambuesa sumida en mi propio mundo.

— Marcy, tus llaves — le digo, dejándoselas encima de la mesa — . Ayer llegué tarde y se me olvidó dártelas.

Ella desliza las llaves hacia mí, sin cogerlas.

— Esa copia es para ti.

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

— ¿Esa copia?

— ¿No querías tener tu propio coche? Bueno, sé que no es lo mismo, pero ahora tienes tu coche compartido — me dice, guiñándome un ojo — . Ya no tienes que pedirme permiso para llevártelo.

Le lanzo una mirada cómplice a papá intentando adivinar si todo esto ha sido gracias a su influencia. Él me sonrío, feliz, y yo no consigo descifrar si su autoridad ha sido lo que le ha hecho cambiar de forma de pensar a Marcy.

— O sea que... ¿Me lo puedo llevar a trabajar?

— Tengo turno de mañana — me dice, riéndose — . ¡No abuses!

Antes de irme, le doy un beso en la mejilla a modo de agradecimiento. Sé que Marcy trabajó muchísimo para poder adquirir su coche y que la decisión no debe de haber sido fácil para ella. Más aún teniendo en cuenta lo mal que nos llevamos últimamente.

De camino a la biblioteca reviso mi teléfono móvil en busca de mensajes o llamadas de Colin, pero nada. Supongo que la fiesta de Dustin debió de ser lo suficientemente entretenida como para que no se acordase de mí ni por un mísero segundo, ¿no? Aunque ese pensamiento me entristece y me pone de mal humor por partes iguales, me esfuerzo por comenzar el día con una sonrisa y no caer en la desazón.

Madeleine me recibe con su buen humor habitual, moviendo las caderas al son de “Like a Player”, de Madonna. La verdad es que resulta increíble que jamás borre la sonrisa de su rostro. No importa si llueve, truena o hace sol; Madeleine siempre tiene un buen gesto y un saludo simpático en la punta de su lengua. Me tiende los dos chocolates y me desea que tenga un día estupendo antes de despedirse de mí.

Subo a la tercera planta del edificio colonial de la plaza y me adentro en la biblioteca. Como siempre, Finn ha llegado antes que yo y ya está manos a la

obra, recolocando estantes. Le doy su chocolate caliente y me devuelve un breve “gracias”. Nada efusivo, aunque he de admitir que es mucho mejor que la respuesta que obtuve de él los días anteriores.

Durante un rato nuestra conversación es banal y de poco interés, pero después Finn me saca el tema de Joe Byers y yo tengo la sensación de que mi corazón da un vuelco al escuchar su nombre. Quiere saber qué hacía él aquí. Intento explicarle que el libro es autobiográfico sin entrar en muchos detalles para que no pueda detectar la obsesión insana que he desarrollado hacia él.

A media mañana vuelvo a revisar mi teléfono móvil, y como sigo sin tener noticias de Colin, decido dar el primer paso: “¿vendrás al almuerzo?”. Directa. Sin andarme con rodeos. No me apetece escribirle que “me muero por verle”, porque la verdad es que mentiría. Creo que, en cierta manera, me siento un poco desencantada y desilusionada con él.

Espero pacientemente hasta el mediodía y no recibo noticias por su parte. Lo bueno es que como ayer lloré tantísimo, hoy ni siquiera consigo sentirme triste. Es una sensación extraña; como si me hubiera vaciado por completo.

— Hola, preciosa...

Levanto la mirada del ordenador y le veo ahí plantado, junto a los estantes. No he escuchado la campanilla de la puerta sonar y, la verdad, a estas alturas no esperaba que viniera.

— Creí que no vendrías... — murmuro, revisando mi teléfono móvil.

Colin finge un puchero de niño bueno que me derrite el alma. Lleva el cabello moreno alborotado y se le ve un poco ojeroso, pero aún así está tan guapo como siempre. A decir verdad, creo que no soy demasiado objetiva respecto a él.

— No he querido enviarte un mensaje porque... — suspira hondo y camina otro paso hacia mí, acortando las distancias —. Creí que te merecías una

disculpa en persona. Lo siento. Ayer bebí más de la cuenta y no le presté demasiada atención al móvil.

— Ya... no lo jures — respondo con retintín.

— Ali, de verdad... Lo siento — me dice, agarrándome de las manos y acercándose a mí de forma cariñosa.

Me besa el cuello y va subiendo poco a poco hasta mi boca. Para cuando llega a ella yo ya tengo una enorme sonrisa en la cara y soy consciente de que, por mucho que me decepcione, estoy tan locamente enamorada que los enfados desaparecen casi con la misma rapidez con la que aparecen. Colin me besa con apremio, como si me hubiera extrañado durante este breve periodo sin vernos.

— Ejem... — carraspea Finn, captando nuestra atención — . No estáis solos, ¿sabíais? Yo también trabajo aquí.

Colin se aparta de mí entre risitas y yo, avergonzada, doy paso hacia detrás. Ahora que he firmado la paz con mi amigo temo poder estropearlo todo nuevamente.

— ¿Nos vamos a almorzar, Ali?

— Un momento — murmuro, recogiendo mi bolso y mis pertenencias.

— Bueno... Finn, ¿verdad? — pregunta Colin.

Mi amigo y compañero de trabajo asiente con la cabeza. Es evidente que no le hace ninguna gracia que Colin Newby se dirija a él.

— Nos vemos, tío — se despide, justo antes de sujetarme por la cadera y de empujarme levemente hacia delante.

Yo tengo tantas ganas de dejar atrás esta incómoda situación que ni siquiera me despido de Finn al salir. Cuando llegamos abajo y salimos del portal cojo

aire fresco y dejo que mis pulmones se llenen por completo. Colin me propone comprar un par de burritos para llevar y dar un paseo mientras nos ponemos al día, y a mí me parece una idea genial. Lo último que me apetece es encerrarme en una cafetería. Además, ya estoy harta de las ensaladas César.

Hablamos de la fiesta de Dustin. Colin me explica que hubo muchísima gente y que a ciertas horas de la madrugada llegó a desmadrarse un poco. Yo no era consciente de lo poco que me interesaba esa estúpida fiesta hasta que ha empezado a narrarme las batallitas de Dustin; que si se lió con no sé qué chica, que si empotró su coche en la verja del jardín, que si los altavoces terminaron en el fondo de la piscina... Me resulta surrealista. Sí, sé que tienen veintiséis años y que están en la edad de disfrutar. Pero... no sé. Quizás sí que sea más “bicho raro” de lo que pensaba de mí misma. O puede que Marcy me haya contagiado un poco de su nuevo rol “formal y obsesivo”. O puede, y solamente digo que “puede”, que quizás haber pasado el día de ayer con Joe me haya proporcionado una perspectiva muy diferente de la vida.

Sin darnos cuenta, hemos llegado paseando hasta el jardín botánico de Alnmouth. Nos adentramos en el silencio y en la paz aromática del entorno y dejamos atrás las preciosas hortensias para perdernos entre las enredaderas de trompeta. Aquí nadie puede vernos, así que Colin me empuja suavemente contra la pared y, entre risitas, desliza su mano por debajo de mi vestido.

— ¿Estás enfada conmigo? — murmura con una voz muy, muy sexy.

Yo no quiero pensar en ello pero... Tengo la sensación de que todos mis encuentros con Colin siempre terminan del mismo modo. Y eso..., eso no es lo que quiero. Es decir, Colin me encanta. Tanto física como psíquicamente pero... ¿Acaso se ha interesado por preguntarme qué tal fue mi día de ayer? ¿Y cuántas veces he podido abrirme a él y explicarle mis sentimientos? Tengo la sensación de que, con él, todo gira alrededor del mismo tema.

— No, no estoy enfadada contigo... Pero no me apetece — sentencio, sacando su mano de forma brusca.

— ¿Es por lo de ayer, verdad? — inquiera con un gesto dolido y contrariado

— . ¿Estás molesta?

— No, no estoy molesta... — aseguro, apartándome a un lado.

Por alguna razón necesito poner distancia entre nosotros.

— ¿Entonces? ¿Qué pasa contigo, Ali?

— ¿Conmigo? — repito, extrañada — . Conmigo no pasa nada.

— Pues... no lo parece.

De pronto, su tono de voz no resulta muy amigable.

— Eres tú el que decide desaparecer para salir de fiesta con tus amigos y el que ni siquiera es capaz de contestar ni a un mísero mensaje, Colin.

— ¿Entonces por qué me dices que no estás enfadada? — pregunta, levantando un poco más de lo normal su tono de voz.

Levanto los brazos en señal de rendición y, hastiada, me doy la vuelta y decido que ya es hora de regresar al trabajo. No me apetece hablar con él en estos instantes. Colin grita alto a mis espaldas, pero yo acelero el paso y ni siquiera le llego a escuchar.

¿Pero qué diablos pasa conmigo? ¿Por qué me comporto así? No. Lo de la fiesta no me ha importado lo más mínimo. Creo que, a estas alturas, Colin ya es lo suficiente maduro y responsable como para priorizar y decidir qué es lo que quiere cuidar en la vida. Sé que, tarde o temprano, se dará cuenta de que mantener a Dustin en su grupo de amistades solamente conseguirá causarle problemas.

¿Entonces? ¿Qué me pasa? No me quiero responder. No quiero admitirlo. Pero

sé muy bien el por qué de mi comportamiento. En realidad, tiene nombre y apellidos: Joe Byers.

¿Por qué no soy capaz de sacármelo de la cabeza? ¿Por qué solamente puedo pensar en la siguiente vez que le veré? ¿Por qué estoy comparando a Colin con él constantemente? ¿Por qué quiero pensar que ambos se parecen?

Cuando llego a la biblioteca, me trago las ganas de llorar y vuelvo a ponerme con la tarea que tenía entre manos antes del almuerzo. Finn me pregunta si estoy bien y yo respondo que sí. Y aunque él sabe perfectamente que le estoy mintiendo, decide no insistir. A veces, dejar pasar de largo los sentimientos es la mejor manera de afrontarlos.

— Oye, Ali... ¿Te apetece acompañarme luego a los recreativos? — me pregunta Finn, seguramente en un intento vano por mantenerme distraída de mí misma — . Le prometí a Mark que le llevaría un rato y mientras él juega la tarde se me hace eterna. Me vendría bien algo de compañía.

Al principio voy a contestarle que no, pero pensándolo mejor creo que un poco de distracción ajena a Colin o a Joe es lo que necesito en estos instantes.

— Sí, claro. ¿Por qué no?

11

Lo de tener a mi disposición total el coche de Marcy es mucho mejor de lo que habría imaginado. Cuando salgo de la biblioteca, me paso brevemente por casa para comprobar que todo esté en orden antes de acercarme a los recreativos.

Aunque sé que mi hermana me ha dicho que no hace falta que le pida permiso antes de llevarme su coche, decido notificárselo. Sigo pensando que Marcy ha cedido gracias a la presión que papá es capaz de ejercer en ella.

Cuando llego, veo el coche de Finn aparcado en el parking y deduzco que ha debido de llegar antes que yo. Respiro hondo y reviso mi teléfono móvil antes de entrar al interior del recinto. Para mi decepción, Colin no se ha dignado a mandarme ningún mensaje. Menos aún, a llamarme.

Sí, soy consciente de que quizás yo haya tenido una buena parte de la culpa de nuestra pelea. Pero también creo que él podía haber sido un poco más comprensivo conmigo.

“Solamente ha sido una pelea, Ali”, me digo a mí misma, “todas las parejas discuten”. Y quiero creerme. Porque ahora mismo no sería capaz de asimilar que Marcy había tenido razón con él.

Finn me saluda de lejos y yo me acerco a la barra. Mientras camino hacia él, distingo a Mark en una de las máquinas de videojuegos que hay al fondo.

— ¿Cuántas horas estará ahí enganchado? — pregunto a modo de saludo, señalando a su hermano.

— ¿Si se lo permito? Hasta mañana — bromea Finn — . Pero hoy tengo refuerzos y podré llevármelo a la fuerza si se complica el ambiente.

— Desde luego — corroboro mostrando la bola de mi brazo de forma exagerada — . Lo sacaré arrastras si es necesario.

Finn suelta una risita tonta antes de preguntarme si quiero una “cola light”. Le digo que sí, feliz. Por fin he recuperado a mi compañero, y lo más importante: a mi amigo. Creo que Finn es una de las pocas personas que me comprende tal y como soy, así que perderle habría significado un golpe duro. Demasiado duro.

Caminamos hacia las mesas del fondo y tomamos asiento en los mismos sofás en los que, días atrás, había estado sentada junto a los amigos de Colin. Mientras nos tomamos el refresco, decido poner a Finn al día de los últimos acontecimientos importantes de mi vida: Marcy y Adam se han prometido y están organizando su boda, papá está trabajando de nuevo y la pequeña Lena — que ya no es tan pequeña como a mí me gustaría — ha organizado el sábado una exposición de arte en el pub de Rober. La verdad es que debo admitir que todo va sobre ruedas. Mi familia parece estar saliendo de ese pozo oscuro en el que había caído y todos vamos encontrando, poco a poco, el lugar que nos corresponde.

Charlamos como hacía tiempo que no lo hacíamos, y eso me hace sentir bien. Estar con Finn es tan fácil como respirar. Las horas pasan volando mientras comentamos las nuevas novedades literarias, los comics que Marvel ha sacado y las películas que se estrenarán próximamente en cartelera. Cuando nos damos cuenta ya son casi las nueve de la noche y va siendo hora de regresar a casa, así que nos levantamos de la mesa para dejar los vasos de cola vacíos sobre la barra. Y entonces le veo. Dustin y Millie, Paul y Maya y... detrás de ellos está él. Colin. Se me congela la sangre en las venas y creo que mi

corazón deja de latir por unos instantes. Finn, que está a mi lado, se tensa de pies a cabeza cuando ve a Dustin acercarse a su hermano.

— ¿Es qué no tienen otra cosa mejor qué hacer? — refunfuña, dejándome atrás para acercarse a ellos.

Maya y Millie me dan asco. No puedo evitarlo. Ahí están las dos, riéndose como dos niñas atolondradas mientras sus novios se dedican a intimidar a un pobre chico. Dustin le pega un empujón a Mark y éste termina en el suelo, lo que hace que Finn pierda totalmente los papeles y se abalance sobre Dustin. Un mal presentimiento se instala en mi interior. No necesito ser adivina para saber que esto no terminará bien.

— ¡Deja a mi hermano en paz! ¡Capullo!

Dustin se quita a Finn de encima con otro empujón. Lo hace con facilidad porque, a decir verdad, Finn es muy flacucho y Dustin debe de pesar tres veces más que él.

— ¿Ésa no es tu novia, Colin? — pregunta Maya, señalándome.

Es increíble como una chica tan guapa puede ser tan estúpida a la vez. Parece una broma de la naturaleza.

Me adelanto unos pasos y ayudo a Finn a levantarse del suelo ante la atenta mirada de todos los presentes. Mark ya se ha levantado y parece estar sano y salvo. Aunque la consola que tiene entre sus manos no parece haber tenido tanta suerte como él.

— Vámonos — les digo, apretando los puños con fuerza mientras clavo la mirada en Colin.

¿De verdad no va a decir nada? ¿De verdad no va a ser capaz de intervenir? ¡Tienen veintiséis años! ¿A qué maldita edad se supone que maduran los hombres de hoy en día?

— Alison... Creo que tenemos que hablar — susurra en voz baja Colin, con la voz titubeante.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación mientras un fuerte nudo me oprime el estómago. Tengo la sensación de que esto es una despedida. Una despedida que no había planeado.

— No, Colin. No tenemos nada que hablar.

Paso de largo, dejándole a él y a sus amigos atrás y acelero el paso hasta llegar a la puerta. Cuando salgo al exterior, respiro. Respiro profundamente, procurando controlar las intensas ganas de llorar que en estos instantes se apoderan de mí.

— Ali... ¿Estás bien? — susurra Finn a mi espalda.

En cualquier momento explotaré, y lo último que quiero es que él esté delante cuando lo haga.

— Te veo mañana, Finn — grito, antes de echar a correr en dirección al coche.

Me meto dentro y me tomo unos segundos para tranquilizarme, pero no lo consigo. Me tiemblan los pies y las manos y mi pulso se ha disparado por completo. Diez minutos después, veo cómo el coche de Finn abandona el aparcamiento. Y yo todavía sigo aquí, procurando tranquilizarme y pensar con claridad. Colin y yo hemos terminado. Y ni siquiera sé si realmente estoy lo suficiente afectada que debería estar.

Estoy dando el contacto cuando le veo salir del local de recreativos. El corazón se me paraliza y detengo el motor del coche para no llamar su atención. Paul y Dustin van detrás de él y yo les sigo con la mirada. Parece que están discutiendo, lo que tampoco me extraña lo más mínimo. Bajo levemente las ventanillas para intentar captar algún trozo de la conversación, pero estoy lejos y sus voces no llegan hasta aquí. Recoloco el retrovisor

central correctamente para poder verles a través de él. Dustin y Colin se encaran. Mi pulso se acelera todavía más cuando veo que la discusión se les está yendo un poco de las manos. Cuando quiero darme cuenta, Colin ya ha dado el primer golpe. Un puñetazo en la cara. Dustin se balancea hacia atrás, pero recupera el equilibrio y le devuelve el golpe. Ambos se enzarzan y terminan en el suelo. Dustin está sobre Colin, golpeándole una y otra vez. Sin descanso. Estoy a punto de salir corriendo para separarles cuando, por fin, Paul se digna a interceder. A pesar de la distancia, cuando Colin se levanta del suelo puedo ver su rostro ensangrentado por los golpes recibidos. Y aunque me siento tentada de correr hacia él, no lo hago. No puedo hacerlo. A fin de cuentas, tiene lo que se merece, ¿no? ¿O acaso es divertido siempre y cuando Dustin se meta con los demás y no con él?

Respiro hondo y arranco el coche con las manos temblorosas y la extraña y triste sensación de que, después de todo, quizás Marcy sí tuviera algo de razón.

Papá y Adam están sentados en el sofá, viendo otro de sus partidos de fútbol. Como siempre, la hora de emisión en directo les pilla en mitad de la jornada laboral, así que ambos esperan a llegar a casa para poder verlo completo. Estoy convencida de que los dos saben perfectamente el resultado, pero ahí están. Pegados al televisor con una cerveza en la mano, disfrutando de cada minuto como si no supieran qué es lo que va a pasar.

A veces me gustaría poder saber qué será de mí. Me encantaría poder mirar por una mirilla, observar cómo estaré dentro de veinte años, y después vivirlo todo en diferido. Algo parecido a los partidos de papá y de Adam. Sí, quizás le reste un poco de acción y magia a la vida, pero he de confesar que siempre he sido una chica muy tranquila y que los sobresaltos, en mi caso particular, no son precisamente algo que me agrade. Firmaría ahora mismo por saber todo lo que va a ocurrir y poder prepararme de alguna forma para poder afrontarlo.

Pero como no es el caso, aquí estoy. Con los nervios a flor de piel, el corazón encogido y una extraña ansiedad oprimiéndome el pecho. Lena está junto a mí, diseñando en su bloc de notas una carpa gigante. Creo que es algo relacionado con la boda de Marcy, pero tampoco le pregunto para averiguarlo. Ahora mismo no estoy de muy buen humor y lo último que me apetece es entablar una conversación con Lena y tener que fingir que todo va bien con una enorme y falsa sonrisa en los labios. No, no me apetece y tampoco me veo capaz de hacerlo.

Marcy termina de poner la mesa y nos llama para cenar. Ha preparado

estofado, y he de confesar que mi hermana cada día cocina mejor y que está buenísimo. Me obligo a mí misma a comer un plato y en cuanto se me presenta la oportunidad, me excuso con mi familia y salgo corriendo para encerrarme en la habitación. Apago las luces, corro las cortinas y cierro los ojos. Sería más productivo que dedicase las horas a leer o a ver la televisión, porque sé muy bien que por mucho que me esfuerce en conciliar el sueño hoy será una tarea realmente imposible. Pero me apetece estar en paz.

Siete horas después, el despertador suena sin darme tregua. He mal dormido durante toda la noche hasta que el sol comenzaba a filtrarse entre las cortinas. Y solamente entonces he caído inmersa en un profundo sueño. Creo que, en total, no habré conseguido descansar más de una hora y media. Pero no me importa.

Me deshago de las sábanas y me arrastro hasta la ducha. El agua fría cae sobre mi espalda, despejándome. Cuando me miro al espejo, con el pelo mojado y el cuerpo envuelto en una toalla, me doy cuenta del mal aspecto que tengo. Estoy ojerosa y bastante más pálida que otros veranos, así que me prometo a mí misma que dejaré de quejarme y aprovecharé para ir a la playa o la bahía a tomar el sol. Sí, supongo que estar entretenida me ayudará a no pensar en Colin. O en Joe.

Marcy vuelve a tener turno de mañana. Así que me como una rápida tostada con frambuesa y salgo disparada al autobús. Minutos después, estoy esperando la cola en el puesto ambulante de Madeleine con una sensación de aturdimiento que pocas veces antes había experimentado en mi vida. Me siento fuera de lugar. Observo la plaza, el edificio colonial y las calles de piedra que componen Alnmouth y tengo la impresión de que yo no pertenezco a este sitio. De que soy ajena a él.

— Alison, cariño... ¿Estás bien?

Pestañeo varias veces.

Madeleine ha salido del interior de su puesto y ahora está frente a mí.

— Sí... Perdona, yo...

— Espera un momento aquí, ¿vale? No te muevas.

La veo salir corriendo al interior del puesto y bajar la persiana de la barra antes de salir. No escucho la música ochentera de su radio, así que deduzco que también la habrá apagado.

— Vamos a sentarnos ahí... — susurra, entregándome un chocolate caliente y empujándome cariñosamente en dirección a un banco cercano.

— Estoy bien, de verdad — insisto, procurando dibujar una sonrisa en el rostro.

Pero no lo consigo.

La verdad es que no estoy bien. Este verano está siendo demasiado intenso y diferente. Demasiado abrumador. Es cierto que durante estos años he vivido con la sensación de que mi vida siempre era igual, deseando que algún cambio o imprevisto ocurriera. Pero la verdad es que los imprevistos han resultado quedarme demasiado grandes.

— Cuéntame qué te pasa, Alison — me pide la mujer, acariciándome la espalda — . Y bébete el chocolate caliente, anda. Un buen chocolate es capaz de curar todas las penas.

— No me pasa nada, de verdad — murmuro, porque no sé qué otra cosa puedo decirle.

¿Qué no sé si estoy enamorada de mi novio o del personaje de un libro? ¿Qué ni siquiera sé si mi novio sigue siendo..., mi novio? ¿Qué ahora mismo tengo la sensación de que nado a la deriva en un mar con muchísima corriente?

— ¿Es por ese chico con el que te vi el otro día? Ya sabes... El chico de los ojos azules.

Trago saliva, intentando deducir de quién de los dos está hablando. Supongo que, en el fondo, Joe y Colin son bastante parecidos. Colin es moreno, Joe rubio. Colin tiene una vida por delante, Joe quiere terminar con ella. Colin está dispuesto a arrasar con todo, Joe solo espera que alguien arrase con él. Bueno, quizás, en realidad, no sean tan parecidos.

— ¿Qué chico?

— El chico rubio del bastón. Era muy atractivo — señala Madeleine — . ¿Es por ese chico? ¿Te ha hecho algo malo?

Y entonces, quizás, soy consciente por primera vez en todo el día de las ganas que tengo de ver a Joe. Recuerdo cómo me envolvían sus brazos mientras le hablaba de mi madre y cómo podía compartir con él todo ese dolor que sentía en mi interior sin temor a que pudiera juzgarme. Sabía bien que Joe comprendería mi aflicción. Y lo hizo. Por unos instantes, incluso, tuve la sensación de que aún no había terminado de llorar por mamá. De que todavía necesitaba hablarle de ella a alguien.

— En realidad... no. Joe no me ha hecho nada — aseguro, antes de darle un sorbo al chocolate caliente — . No tiene nada que ver con él.

— Alison... — comienza Madeleine, sonriéndome — , ¿quieres que te cuente el secreto de la vida?

La miro a los ojos muy fijamente y asiento con la cabeza.

— El secreto de la vida consiste en perseguir aquello que uno desea y dejar pasar de largo aquello que nos causa dolor — me explica. De pronto, Madeleine deja de parecerme una simple mujer que vende chocolate caliente de plaza en plaza y se me antoja repleta de sabiduría — . Es así de simple.

Puede que al principio cueste un poco dejarse guiar por ese concepto, pero estoy segura de que si lo pones en práctica, al final se convierte en una forma de vivir.

— ¿Una forma de vivir?

Ella asiente.

— A veces tengo la sensación de que, si deseo algo muy fuerte, incluso el universo conspira para dármele — añade, guiñándome un ojo — . Quitá esa cara de pena, bébete el chocolate y piensa en lo que acabo de decirte. Te ayudará.

Madeleine se levanta y yo la veo regresar hasta su puesto. Vuelve a abrir la persiana y comienza a remover la cacerola del chocolate mientras me dedica una de sus inmensas y radiantes sonrisas.

Varios minutos después, cuando me termino el vaso de chocolate, me acerco hasta ella para pagárselo. The Police suena de fondo mientras Madeleine me dice que “a ése invita la casa”. Después me dirijo a la biblioteca. Llego bastante tarde, pero supongo que después de ver mi mala cara Finn decide perdonármelo en silencio. Procuro estar concentrada en cosas que me mantengan ocupada, pero por alguna razón mi cabeza gira y gira siempre entorno a las mismas cosas. Entorno a Colin. Que me ha decepcionado demasiado. Entorno a Joe, a quien no consigo olvidar. No, no estoy enamorada de Joe Byers. No puedo estarlo. Es decir... ¡Solamente le he visto dos veces en mi vida! Tiene diez años más que yo y... Si mi vida de por sí ya es complicada, la suya aún lo es más. Pero entonces, ¿por qué tengo la sensación de que me enamoré de él mientras leía su libro? ¿Y si no es amor? ¿Y si es simplemente obsesión? ¿Qué clase de obsesión te hace perder la cabeza de esta manera? Sé muy bien que si estos sentimientos hacia Joe no existirían ahora mismo estaría hundida llorando por Colin. Pero no lo estoy.

Simplemente me siento... confusa.

— ¿Por qué no te vas a casa y descansar un rato, Ali?

Levanto la cabeza y le miro con agradecimiento.

No necesita preguntarme nada porque sabe muy bien que este repentino malestar tiene algo que ver con que ayer mandase a Colin a paseo.

Aún no son ni las diez de la mañana cuando me levanto del escritorio y abandono la biblioteca para regresar a casa. Mientras espero en la parada de autobús, pienso en lo que me ha dicho Madeleine y en lo fácil que parece cuando alguien lo escucha: perseguir aquello que uno desea y dejar pasar de largo aquello que le causa dolor. Sencillo, ¿verdad? Supongo que ponerlo en práctica es otro cuento muy diferente.

Me miro los pies. Llevo puestas esas sandalias de cuero tan cómodas que hace un par de veranos heredé de Marcy. Que seamos tres chicas y que no tengamos una libra de más en casa hace indispensable que nuestro espíritu de reciclaje siempre esté presente. Y a decir verdad, no me importa. Tengo la suerte de que Marcy siempre cuida muy bien su ropa — para desgracia de Lena, yo no suelo tratarla tan bien — . El cielo está despejado y tengo muchísimo calor. Y sueño. También tengo mucho sueño.

Estoy pensando en que, nada más llegar a casa, me daré otra ducha fría y volveré a meterme en la cama. Puede que consiga dormir hasta el día siguiente. O quizás decida no salir de mi habitación en una semana, quién sabe.

Un autobús de color azul celeste se acerca a la parada y se detiene frente a mí. No le presto demasiada atención porque sé que no es el mío, pero cuando escucho “Eyemouth” entre los pasajeros que descienden no puedo evitar sobresaltarme. Me levanto del asiento y me acerco hasta la puerta abierta para echar un vistazo. El conductor parece tener prisa y espera impaciente a que

todo el mundo se baje para poder cerrar las puertas y continuar su camino.

— ¿Va a Eyemouth? — pregunto en voz alta.

Él, de muy malas formas, asiente.

— ¿Va a subir o no?

Niego con la cabeza y me alejo unos metros de la puerta.

De pronto, una de las frases que Madeleine me ha dicho antes me viene a la mente: «a veces tengo la sensación de que, si deseo algo muy fuerte, incluso el universo conspira para dármelo...»

La puerta del autobús se cierra y yo me quedo pasmada, mirándolo fijamente. Se pone en marcha. Empieza a alejarse lentamente de mí mientras yo me pregunto si esto no será una de esas milagrosas señales que el universo envía a las personas. Al final, aún dubitativa con la decisión, no me lo pienso más y echo a correr detrás del autobús.

— ¡Eh, espere! ¡Por favor, espere! — grito con todas mis fuerzas, corriendo tras él por mitad de la carretera.

El autobús acelera su velocidad mientras que yo voy disminuyendo la mía a causa del cansancio. Termino deteniéndome en mitad de la carretera y, cuando ya estoy convencida de que seguirá su camino... Para.

Sí, el autobús se para.

Cuando me he despertado esta mañana no sabía muy bien dónde iba a terminar, pero desde luego, en mis posibles planes jamás hubiera considerado que terminaría bajándome de un autobús en pleno puerto de Eyemouth.

Observo ensimismada cómo los pescadores descenden las cajas y las redes de pescado al puerto y me entretengo unos minutos aspirando el tan familiar aroma del mar. Mientras tanto, no puedo evitar preguntarme a mí misma qué diablos estoy haciendo aquí. ¿Qué va a pensar Joe Byers de mí cuando me vea aparecer, sin previo aviso, en su casa?

Que estoy loca, supongo. Que soy una chica con un grave desequilibrio mental y que debe destruir ese libro antes de que más psicóticas como yo averigüen dónde vive.

Empiezo a caminar en dirección a la casa de Joe. Callejeo entre las callejuelas de piedra de Eyemouth que tanto me recuerdan a mi pueblo natal y me tomo mi tiempo para pensar en qué diablos le voy a decir cuando llame a la puerta de su casa. “Aún estás a tiempo de marcharte, Ali”, me repito una y otra vez a mí misma. Pero no lo hago. No lo hago porque me muero de ganas de ver a Joe. Quiero volver a aspirar su aroma, hundirme en su pecho y prometerle que todo va a salir bien. Para mí y para él. Que todos nos merecemos un final feliz y que nosotros también lo tendremos.

No puedo evitar sentirme un poco mal conmigo misma por mi forma de actuar.

Sé muy bien que si Joe no hubiera aparecido ese día en la biblioteca yo... Yo habría sido diferente con Colin. Quizás jamás hubiéramos discutido en el jardín botánico. Y seguramente, si Joe no habría aparecido en mi vida, yo habría salido del coche mientras veía cómo Dustin le golpeaba la cara en el parking. Ni siquiera me he detenido a pensar porqué Dustin y él terminaron enfrentados: ¿fue por qué me sacó la cara? ¿Por qué defendió a Mark o a Finn? Simplemente me he limitado a pensar que recibió aquello acorde a su forma de actuar, sin siquiera concederle el beneficio de la duda.

Y todo por ese maldito libro. Todo porque leí su historia y me enganché al chico que relataba las páginas. Sé muy bien que, incluso antes de conocer al Joe de carne y hueso, yo ya estaba obsesionada con él.

Me detengo frente a la verja de su casa y levanto la mano para tocar el timbre. Estoy nerviosa, pero no es la misma clase de nervios que sentía aquellas primeras veces que Colin y yo quedábamos juntos. Es... diferente. De alguna forma, mi mente me dice que estoy comportándome de una forma errónea y que no debería estar aquí. Pero aquí estoy, claro.

La señora Byers se asoma por detrás de la puerta. Sus ojos se abren como platos al verme y yo, confusa, levanto la mano para saludarla.

— ¿Alison? — pregunta.

— ¿Qué tal, señora Byers? ¿Está Joe en casa?

Ella asiente con la cabeza y me pide que espere un segundo.

— Iré a buscarle.

Mientras lo hago, alzo la mirada hacia la habitación de Joe y veo que las ventanas están abiertas. No puedo evitar pensar que, a sus treinta y cinco años, si Joe Byers jamás hubiese tenido ese accidente de moto ahora mismo no viviría en esta casa. Seguramente se habría casado con Nancy, jamás habría

escrito ese libro y ahora mismo tendría un par de niños rubios que corretearían por todas partes idolatrando a su padre. Puede que, quizás, siguiera conduciendo una de esas motos sin miedo a las posibles consecuencias que podría provocar un accidente. Y los fines de semana los pequeños se quedarían en casa con una niñera para que Nancy y él pudieran acudir a las noches de cóctel de sus imponentes amigos.

— Alison...

Joe aparece en la puerta y sonrío.

Y cuando le veo sonreír de esa manera — ¡maldito el poder de las sonrisas irresistibles! — deja de importarme si mi presencia aquí es inadecuada o no.

— Hola, Joe — le digo, mientras él desciende las escaleritas de la entrada y cruza el jardín hasta llegar a mí.

Una vez más, Joe no necesita hacer uso de su bastón. Creo que, en realidad, el hecho de no utilizarlo es por su propia cabezonería. Le conozco. Es demasiado orgulloso y testarudo para rendirse fácilmente.

— ¿Qué haces aquí? — pregunta a unos centímetros de mí.

Se ha quedado mucho más cerca de lo normal. Pero no me importa. En realidad, soy yo la que se está conteniendo para no dar un paso al frente y estrecharle entre mis brazos. Levanto la cabeza hacia su casa y veo que la señora Byers está en la ventana, observándome.

— Pues... he venido a proponerte un paseo... ¿Te apetece?

Al principio no parece muy convencido, pero después sacude la cabeza en señal de negación y murmura algo parecido a “no tienes remedio”.

— Supongo que eso es un sí.

— Supones bien — admite, pasándome de largo para salir del jardín — . ¿Tú

me guías?

Antes de darme la vuelta, vuelvo a lanzar una mirada hacia la ventana. La señora Byers me dedica una sonrisa tierna que me encoge el alma.

— En realidad, creí que tú serías el guía... A fin de cuentas, eres quien conoce Eyemouth, ¿no?

Joe se detiene y, pensativo, guarda silencio.

Yo le escruto de hito a hito permitiéndome ser descarada. Es tan guapo. No importa que tenga diez años más que yo porque, en realidad, tampoco los aparenta. Creo que lo único que delata sus treinta y cinco son unas pequeñas arrugas que se le han formado alrededor de los ojos. Las de las comisuras de los labios jamás las tengo en cuenta para representar la edad, pues estoy convencida de que simplemente enumeran las veces que una persona ha sonreído a lo largo de su vida. Es como un medidor de la felicidad pasada.

— Está bien... — murmura.

Camina un paso hacia mí y me sujeta con firmeza del brazo. Lo hace con seguridad y decisión, sin titubear. Sin pensar si me puede molestar o no. Lo hace como antiguamente lo habría hecho el Joe Byers que he leído en su libro.

Recorremos las callejuelas de Eyemouth hasta llegar al puerto. Joe no habla demasiado, y yo tampoco. La verdad es que así, en silencio, estoy a gusto. No necesito hacer o decir nada para sentirme bien. Y él parece que tampoco. Al final del paseo marítimo, Joe me pide que busque una pequeña entrada al terraplén de tierra que tenemos frente a nosotros. Y aunque la tarea no me resulta sencilla, al final termino dando con ese recóndito acceso que permite que nos adentremos en la montaña. El camino no parece muy seguro, pero ver a Joe así de animado hace que continúe hacia delante. Es increíble que él sea quien camine en primer lugar. Yo, que voy detrás, estoy sujeta a su mano para no caerme. Él conoce cada piedra, cada curva y cada arbusto de esta montaña.

— ¿Falta mucho? — pregunto, levantando la voz por encima del sonido del viento.

El olor a salitre junto a la brisa del mar apacigua mi interior y me calma. Joe me dice que no, que solamente quedan unos minutos para llegar. Así que seguimos ascendiendo hasta llegar a un pequeño muro de piedra que me recuerda demasiado al libro de *Stardust*, de Nail Gaiman.

— ¿Hemos llegado al muro? — me pregunta.

Está a nuestra derecha, marcando el límite del acantilado.

— Sí. Está justo aquí.

La sonrisa de Joe se amplifica.

— Pues vamos a él — me dice.

El corazón me empieza a latir con fuerza cuando le veo subirse encima y sentarse sobre él. Las piernas de Joe cuelgan en el aire y una pequeña piedra que erosiona contra su zapato cae, rebotando, metros y más metros hasta terminar en las enfurecidas olas que chocan sin piedad contra la pared del acantilado.

— Joe... No me gusta — murmuro, asustada — . No me da seguridad.

— Ven aquí, Alison. No dejaré que te caigas, tranquila.

“No seas cobarde, Ali”, me digo a mí misma.

Si él, que no ve nada, tiene la valentía de sentarse ahí... ¿Por qué yo no? Me siento junto a él y Joe desliza su mano hasta la mía. La deja de esa forma, posada sobre mí.

— Dime qué ves, por favor...

El aire salado del mar golpea con fuerza mi rostro y mi corazón palpita tan fuerte que puedo escucharlo en mis oídos.

— Veo... Veo el mar. Está revuelto y oscuro, parece cabreado. El acantilado es enorme... — señalo, echando un vistazo a la altura a la que estamos — , y da miedo. Mucho miedo. Justo en mitad del agua hay un gigantesco peñón que sobresale.

— ¿Sobresale mucho?

— Bastante...

— Entonces la marea está baja — me explica — . Éste era uno de mis rincones favoritos cuando era un chaval. Solía venir siempre que necesitaba un momento de paz para mí mismo y para pensar... Y he pensado que tú hoy necesitabas algo así.

— ¿Has pensado que necesitaba un rincón para pensar?

Joe asiente y ambos nos quedamos en silencio.

De alguna manera, este lugar me recuerda demasiado a aquella primera cita en la que Colin y yo hicimos el amor en el coche, justo en el mirador que daba al mar. Aún recuerdo lo emocionada que estaba entonces porque Colin Newby se había fijado en mí. Colin... En un solo verano, he atesorado muchos recuerdos junto a él. Y he de admitir que todos son preciosos. Colin me hacía sentir... diferente. Pero lo más importante, Colin me ha hecho sentirme viva cuando no era capaz de encontrarle sentido a nada.

— ¿Me vas a contar qué es lo que te pasa? — me pregunta con una sonrisa traviesa — . Eres como un libro abierto, Alison. Quizás tú puedas presumir de conocerme muy bien, pero...

— He cortado mi relación con Colin — le cuento, interrumpiéndole.

Joe se calla unos instantes, pero aún así no hay silencio. El sonido del mar bravío inunda nuestro alrededor con fuerza.

— ¿Por qué? — pregunta, confuso — . Creí que todo era maravilloso.

— Y puede que lo fuera... — admito.

Porque la verdad es que sí. Lo era.

Colin y yo habíamos empezado algo bonito. Algo que merecía la pena.

— ¿Y qué ha pasado?

— Tú. Has pasado tú — admito en voz tan baja que casi ni yo soy capaz de escuchar lo que he dicho.

Le miro. Él sí que me ha oído bien.

El rostro de Joe cambia a un estado que ni siquiera yo soy capaz de descifrar. Supongo que, ahora mismo, estará intentando encontrarle un sentido a la locura que acabo de decirle. Y sí, es una locura, lo sé. Pero no es una locura que me pille de sorpresa. Mientras conocía a Colin me iba obsesionando poco a poco con Joe. Con su libro. Y aún así, Colin me hizo ilusionarme, creer y ser feliz. Porque era Colin Newby, mi sueño hecho realidad.

— No me conoces, Alison — me dice con voz muy seria.

— En realidad, sí. Pero ni siquiera eso importa... Aunque ya no seas el chico de la historia, aunque jamás vuelvas a ser ese Joe Byers, yo sé que en el mundo hay alguien capaz de hacerme sentir cosas.... Mucho más intensas. Creo que durante este tiempo me he obligado a mí misma a sentir algo por Colin que en realidad no era real. Él no es como yo — le explico con la voz un poco ahogada — . Él es diferente. Le gusta nadar en la bahía de noche, sí, pero también le gusta salir con sus amigos, beber, divertirse y disfrutar. No le gusta la literatura, ni el cine, ni le interesa saber por qué Marcy se ha convertido en una experta cocinera o por qué se ha vuelto una psicópata del orden.

Joe frunce el ceño, sin comprender qué es lo que he querido decir con lo de

Marcy.

— El problema es que él no quiere problemas. Así de simple. Y en mi vida hay problemas. Muchos. Mi familia no es normal, ¿sabes? Desde que mi madre murió las cosas no han sido fáciles... Y él... Colin nunca se ha interesado por esa parte de mí. No le interesa lo más mínimo. Solamente quiere ver... la parte bonita. La parte en la que nos lo pasamos bien. No quiere conversaciones complicadas: no quiere saber por qué Dustin y yo no congeniamos, ni por qué tuve que dejar la universidad cuando murió mi madre. No le interesa.

Respiro hondo después de soltarlo todo.

Ni siquiera sé si lo que acabo de decir tiene algún sentido para Joe, pero para mí sí lo tiene.

— ¿Colin se parece a mí? — me pregunta muy serio, recordándome mis propias palabras.

— No. Ni un poco — admito, tragando saliva — . En realidad, deseaba con todas mis fuerzas que Colin se pareciera a ti.

— Porque crees que yo, en realidad, sí me parezco a ti...

Suspiro hondo y me encojo de hombros.

— No, supongo que tampoco. Yo soy yo, y tú eres tú. Todo lo que hemos vivido nos ha hecho diferentes pero... Pero sé que tú, Joe Byers, me has hecho sentir mucho más de lo que podría haber imaginado. Leía tu libro y, a ratos, me recordaba a esa Alison atontada que yo había sido en la universidad — confieso con la voz apagada y los ojos inundados en lágrimas. No sé cómo me las apaño, pero siempre que estoy a su lado termino llorando — . Y mientras leía el libro solamente deseaba que a ti todo te saliera bien. Que pudieras seguir en esa burbuja de felicidad y que nada ni nadie te arrebatase el

futuro. Quería que tuvieras la suerte que yo no pude tener.

Le miro con la visión empañada.

Joe traga saliva y se queda en silencio, con la mirada perdida en el mar. Parece estar tan concentrado que cualquiera juraría que está inmerso en la belleza del horizonte. Pero no, claro.

— El final que ninguno de los dos pudimos tener — dice con la voz ronca.

— El final que los dos podríamos tener.

Lo he dicho. No puedo creer que, realmente, acabe de decir eso en voz alta.

Joe se gira hacia mí, observándome. Bueno, no, ya sé que no me ve. Pero me gusta pensar que distingue mi silueta entre ese foco de luz que le ciega y que consigue identificarme de algún modo que yo no llego a comprender. Parece confuso y perturbado. Tiene la mandíbula tensa y parece no saber qué decir, como si en su cabeza todo estuviera hecho un ocho. Me revuelvo sobre el muro y otra roca cae por el acantilado hacia abajo, asustándome.

— Alison, no sabes lo que estás diciendo... Para ti sí hay un final feliz, pero... para mí... No sabes lo que dices, de verdad...

— Sí, lo sé — aseguro con mucha convicción, interrumpiéndole. Incluso yo me sorprendo a mí misma con la seguridad que desprendo — . Claro que lo sé, Joe.

Joe da media vuelta y, con cuidado, se levanta del muro.

Parece tan impactado que temo que pueda salir corriendo y desaparecer por el sendero de la montaña. Pero no lo hace.

Decido imitarle y, con lentitud, me bajo del muro de piedra para quedar a pocos metros de él.

— Supongo que, aún sin ser Nancy Williams... Espero, algún día, poder aspirar a alguien como tú — bromeo, procurando destensar el ambiente.

Pero a Joe no parece haberle hecho mucha gracia lo que acabo de decir, porque sigue igual de serio e imperturbable. El viento agita su cabello dorado y sus ojos azules chispean en mi dirección. Me gustaría poder entender qué está pensando o qué siente en estos momentos, pero supongo que es algo imposible.

— No lo entiendes, Alison — murmura después de un buen rato — . Tú deberías aspirar a algo mucho mejor que yo. Incluso el tal Colin es mucho mejor que yo.

Acorto un paso la distancia entre nosotros.

Joe no se da cuenta, pero habla tan bajito que el viento prácticamente no me deja escuchar lo que está diciendo.

— Eso no es verdad, Joe... Eso no es verdad.

Estiro el brazo y acaricio lentamente su antebrazo. Joe parece haber notado mi cercanía, así que al tocarle no se sobresalta.

— Alison...

Está inmóvil. Paralizado.

Me gustaría decirle tantas cosas... Me gustaría poder decirle que sigue siendo el mismo de siempre, que solamente tiene que creer en sí mismo como lo hacía antes. Me gustaría decirle que, aunque ese maldito accidente de moto pueda parecer su pesadilla, para mí ha sido una casualidad maravillosa. Gracias a eso escribió el libro. Y gracias a eso hoy estamos aquí.

Pero no digo nada. Esta vez, no puedo.

Me acerco más a él y, de puntillas, acorto la distancia entre nuestros rostros, acercando mis labios a los suyos. Joe tiene la piel bronceada y, en comparación conmigo, yo parezco un fantasma. Sus labios son sensuales, carnosos. Su mirada es tan azul que al observarle uno puede confundir el color

de sus ojos con las aguas cristalinas del mar Caribe. Tengo miedo. Quiero hacerlo, pero tengo miedo. Necesito sentir su seguridad y sus brazos rodeando mi cintura, pero él no se mueve y eso hace que yo me vaya paralizando poco a poco.

— Joe... Por favor — musito.

Y aunque no lo hago queriendo, ha sido una súplica dolorosa. Mi voz ha sonado tan resquebrajada y desesperada que incluso yo me he sorprendido al escucharme.

— Yo... estoy roto, Alison... Yo no sirvo para ti.

Aprieto los puños con fuerza.

— Joe, ¿no lo entiendes, verdad? Yo también estoy rota. Estoy hecha añicos...

— grito, justo antes de lanzarme a sus brazos y apretar mis labios contra los suyos.

Cierro los ojos.

Él, tenso, no se mueve. Sus brazos continúan colgando a cada lado de su cuerpo, sin corresponderme. Pero unos segundos después el beso se intensifica y su cuerpo responde al mío, convirtiéndonos a ambos en dos ciegos... descubriéndose. Sus manos recorren mi espalda y su lengua explora mi paladar. Yo cierro los ojos con todas mis fuerzas, porque no quiero verle. Solamente quiero sentirle. Quiero notar el recorrido de sus dedos, nerviosos, apretándome con fuerza contra su propio cuerpo. Quiero sentir las caricias de su lengua, bailando frenéticamente con la mía. Quiero notar su respiración agitada y sus ganas de tenerme. No es deseo... Es..., algo más. No es un beso parecido a esos que Colin suele darme, en los que minutos después estamos tan calientes que casi nos arrancamos la ropa a tirones. No. No tiene nada que ver.

Es... amor.

Joe no se separa de mí, así que yo tampoco lo hago. Cuando el beso termina, rodeo con mis brazos su cuerpo y apoyo la cabeza sobre su pecho. De esta forma puedo sentir su respiración, subiendo y bajando de forma frenética y nerviosa mientras sus latidos desacompañados se unen a la banda sonora del viento y el mar. Pum..., pum, pum..., pum. Así suena Joe. Sus brazos me aprietan con fuerza, como si de pronto yo me hubiera transformado en su salvavidas y necesitase aferrarse con fuerza a mí para no hundirse. Y quiero serlo. ¡Deseo serlo!

Anhelo poder ser su salvavidas.

Son las ocho de la noche, así que decido enviarle un mensaje a Marcy para que no desvaríe y termine llamando a todos los hospitales de la zona. Evitando entrar en detalles, le digo que estoy con un amigo y que llegaré un poco tarde.

— No hace falta que me acompañes...

Joe suelta una risita.

— ¿Crees que me perderé de camino a casa?

— La verdad es que no lo sé — confieso — . ¿Te perderás?

Su risa se transforma en una carcajada.

— No. Conozco Eyemouth como la palma de mi mano... No me perderé.

Me lo dice con tanta convicción que le creo.

Nos sentamos en la parada de autobús, el uno al lado del otro. Me miro los pies y compruebo que esas comodísimas sandalias que heredé de Marcy ahora están llenas de tierra.

Ya ha anochecido. Hace un rato el cielo de Eyemouth nos ha regalado un precioso atardecer anaranjado que le he descrito a Joe con todo lujo de detalles, pero ahora mismo solamente hay oscuridad a nuestro alrededor. Me pregunto si ese foco que ciega a Joe disminuye o no de intensidad según la luz ambiente que haya, pero aún no me atrevo a preguntárselo.

— Joe... ¿Te gustaría venir a la exposición de mi hermana Lena? Es el sábado... — le digo con cierta timidez.

Él sonrío con ternura y niega con la cabeza.

— Creo que no deberíamos vernos más veces, Alison. No te convengo.

— Aunque así fuera, creo que me merezco decidir por mí misma qué es lo que me conviene y qué no.

Joe sonrío ante mi comentario y yo me apunto un tanto, convencida de que he ganado esta partida. No importa lo mucho que repita eso de que “no deberíamos volver a vernos”, porque sé muy bien que no lo dice en serio. A fin de cuentas, sigue aquí, ¿no?

— ¿Te veré allí? Pasado mañana.

— Alison...

— Por favor, no vuelvas a decirlo. Resultas cansino — le corto — . Y hace rato que he dejado de tomarte en serio.

Joe suelta otra risotada y niega.

— No. No es eso — me dice — , es que... ¿te estás dando cuenta de que estás invitando a un chico ciego a ver una exposición?

Me quedo muda cuando caigo en la cuenta.

— Espero que, al menos, sean esculturas — añade — . A diferencia de las pinturas, sí son algo que puedo tocar y sentir.

— Son pinturas... — confieso, avergonzada.

Él se ríe tan fuerte que al final termino contagiándome de su risa.

Las luces amarillentas del foco del autobús aparecen de fondo y se van aproximando poco a poco hasta nosotros. Estiro mi brazo y poso mi mano sobre la de él, exactamente de la misma forma que Joe lo había hecho en el muro. Tengo el corazón encogido, el estómago revuelto y unas intensas ganas de gritar y llorar al mismo tiempo. Empiezo a pensar que poco a poco estoy perdiendo totalmente la cabeza. El autobús se detiene frente a mí y yo me

levanto casi de un salto del banco.

— Bueno... ¿Te veré? En la exposición de pinturas — específico — . Prometo describirte cada una de ellas.

— ¿Y quién le dirás que soy a tu familia?

— Joe Byers — respondo muy seria, sin pensar.

Él sonrío, satisfecho con mi respuesta.

— Puede que vaya, Alison... No lo sé. Necesito pensar en todo esto y ordenar mis sentimientos.

El corazón se me acelera al escuchar eso.

¿Cómo? ¿Por qué diablos me suelta eso ahora? El autobús pega un bocinazo, apremiándome.

— ¿Qué... tienes que pensar?

— Tengo que pensar si esto te conviene o no, Alison. Y tengo que pensar si esto me conviene a mí — me dice — . Desde que sufrí el accidente yo... Yo he estado solo. Siempre. Todas las personas que entonces conocía terminaron alejándose de mí. Y acostumbrarme a estar así no ha sido fácil.

— ¡Oiga! ¿Van a subirse o no? — grita el conductor, sacando la cabeza por la puerta.

— ¡Un segundo, por favor! ¡Un segundo! — exclamo con los ojos empañados. No quiero volver a llorar delante de Joe, pero tampoco es algo que yo pueda remediar. Le miro fijamente y de forma involuntaria estiro mi brazo y sujeto su mano, entrelazando mis dedos con los suyos — . ¿Prefieres eso? ¿Quieres que salga de tu vida y que te deje en paz?

Él sonrío y su gesto se me antoja herido y nostálgico.

— En realidad, lo que no quiero es que prometas quedarte, como todos lo

hicieron y que, una vez más, termines marchándote tú también. Necesito pensar en ello y concienciarme de que es una opción... Necesito decidir si podría volver a soportarlo, porque si la respuesta es que no, prefiero no volver a verte nunca más.

Recibo su aclaración como una dolorosa bofetada que me deja petrificada de pies a cabeza. El autobús vuelve a hacer sonar su bocina y yo, exasperada, me giro y le grito que ya voy.

— Vete... O al final terminará marchándose sin ti.

Asiento con la cabeza mientras me retiro a manotazos las lágrimas rebeldes que no he sido capaz de aguantar. Ni siquiera me molesto en despedirme de él. Me giro y camino hacia el autobús con un nudo opresor en la garganta y en el estómago. Esta vez aprieta tan fuerte que me siento, incluso, mareada. Cuando subo el primer escalón Joe vuelve a llamarme.

— ¡Alison! — grita —. Tengo que pedirte una cosa... Si no voy a esa exposición, respeta mi decisión. No vuelvas a buscarme nunca más.

Me quedo paralizada unos segundos pensando en qué responder, pero al final, no digo nada. Termino de subir las escalerillas y la puerta se cierra detrás de mí.

— ¿Problemas en el paraíso, eh? — bromea con malas pulgas el conductor.

Pago mi ticket en silencio y me siento en uno de los primeros huecos libres. Desde la ventana, puedo ver que Joe sigue allí, de pie, inmóvil. El nudo aprieta con más fuerza, así que al final me echo a llorar enterrando mi rostro entre las manos.

Había esperado muchas cosas de este verano, pero jamás hubiera imaginado que terminaría enamorándome dos veces y que, sin yo poder evitarlo, me romperían el corazón.

El autobús comienza a alejarse y yo vuelvo a lanzar una última mirada a Joe.
La verdad es que quizás ésta sea la última vez que vuelva a verle.

El autobús se detiene en la calle que hace esquina con mi casa.

Yo, que ahora mismo lo único que quiero es enterrar la cabeza bajo tierra y desaparecer del mundo, me pregunto cómo diablos me las puedo apañar para esquivar a mi familia y poder llegar a mi habitación sin ser vista. Durante el trayecto de Eyemouth a Alnmouth no he sido capaz de dejar de llorar ni un solo instante, así que ahora tengo los ojos hinchados y la nariz roja. Y supongo que mi aspecto incita a que Marcy vaya a interrogarme sin piedad.

Cruzo el jardín lentamente, aspirando y soltando el aire fresco de la noche. Se me ha hecho mucho más tarde de lo que tenía pensado, pero no me importa. En estos últimos días he descubierto que dormir es un capricho que está sobrevalorado. O al menos, que no es primordial para la supervivencia del ser humano — eso o yo soy un caso aparte, que tampoco lo descarto — .

Abro la puerta con sigilo. De fondo escucho las voces de Adam, de papá, de Lena y de Marcy. Últimamente Adam pasa demasiado tiempo con nosotros, lo que me lleva a preguntarme si se habrá mudado a esta casa.

— ¿Alison? — inquiera la aguda voz de Lena en un grito — . ¡Ali, corre, ven!

Intento mantener la compostura, pero no soy capaz. Me siento derruida.

— No... No me encuentro bien — grito — . Creo que me voy a ir a descansar.

Cruzo el pasillo lo más rápido que puedo pero Lena, que es más rápida que yo, me intercepta casi cuando he alcanzado las escaleras.

— ¡Ya hay fecha para la boda! — grita, histérica, lanzándose a mis brazos — .
¡Marcy y Adam se casan en un mes!

— Me alegro mucho... — murmuro, haciendo un esfuerzo por no ser borde
— . Pero la verdad es que no me encuentro bien y...

Marcy aparece en el umbral del pasillo con una sonrisa de oreja a oreja que se descompone de inmediato nada más verme la cara.

— Alison... — me llama con el rostro muy serio — . ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Lena se separa de mí sin comprender nada, pero cuando ve mi rostro sonrojado y mis ojos hinchados de llorar su gesto de felicidad desaparece.

— Nada... Es que no me encuentro bien... Me duele la cabeza y... — miento, pero decido dejarlo porque es evidente que ninguna de las dos se lo está creyendo.

— ¿Es por ese cretino de Colin? ¿Te ha hecho algo? Porque si te ha hecho algo... ¡Te juro que lo mato! — exclama mi hermana mayor, histérica.

Yo niego rotundamente con la cabeza mientras las lágrimas vuelven a aflorar de nuevo.

— No... No es por Colin — acierto a decir, antes de echar a correr escaleras arriba.

Me encierro de un portazo en la habitación y me dejo caer en la cama. Entierro la cabeza debajo de la almohada y grito. Grito mucho. Grito porque conozco a Joe Byers lo suficiente para saber que no querrá volver a verme. Y me conozco a mí lo suficiente para saber que, a su vez, ahora mismo estoy loca e irremediabilmente enamorada de él. Y no es algo que haya planeado o que haya deseado... Es algo que simplemente ha pasado. Tengo veinticuatro años y nunca hasta este momento había experimentado esta sensación de terror y

anhelo tan enrevesada y comprensible. Tan fuerte. Tan intensa.

La puerta de mi habitación se abre y yo saco la cabeza de debajo de la almohada para pegar un grito a quien quiera que sea el intruso, pero al final no lo hago. Es Marcy. Y parece tan preocupada que me apiado de ella y decido comportarme como una persona normal.

— ¿Es por Colin? Dime la verdad.

Niego rotundamente con la cabeza.

— No, no es por Colin... — aseguro con el tono de voz cargado de tristeza

— . No tiene nada que ver con él.

— ¿Entonces?

— Es que... me he enamorado, Marcy — confieso un poco avergonzada — . Y acabo de descubrir que el amor no es tan bonito como dicen, ¿sabes?

Mi hermana frunce el ceño sin comprender nada y toma asiento junto a mí. Me empuja con los brazos para que ruede a un lado y después, se tumba a mi lado.

— Vas a tener que ser un poco más clara porque me he perdido. ¿Te has enamorado de alguien que no es Colin?

Asiento con la cabeza mientras aspiro y respiro muy hondo, esforzándome por recuperar el ritmo normal de mi respiración.

— ¿Y Colin? — inquiera, con el ceño fruncido.

— Lo hemos dejado. Creo que... Creo que tenías razón al decir que no congeniábamos.

Ella no me responde un “te lo dije”, simplemente asiente. Y yo se lo agradezco.

— Entonces... ¿Quién...? ¿Finn? ¿Es Finn?

Niego.

— No, no es Finn. No le conoces — le explico — . En realidad, casi no le conozco ni yo.

Marcy suelta una risita que consigue sacarme una sonrisa tristona.

— Así de caprichoso es el amor, hermanita — asegura, dándome un par de palmaditas en la espalda — . Tarde o temprano tenía que llegarte la hora. El lado bueno de esto es que, si eres correspondida, entonces sí será tan bonito como dicen. El lado malo es que... si no eres correspondida, te tocará sufrir.

— Eres de gran ayuda, ¿sabes? — le digo con ironía.

— No he terminado — me dice — . Lo que no te he dicho es que aunque te toque sufrir, le olvidarás. Te costará, pero lo harás. Y entonces volverás a enamorarte y la historia volverá a repetirse — se ríe.

Apoyo la cabeza sobre el regazo de Marcy y poco a poco me voy tranquilizando. Ella aprovecha para acariciarme el cuero cabelludo, masajeándomelo con los dedos. Sonrío. Eso mismo hacía nuestra madre cuando éramos pequeñas y alguna de nosotras no podía conciliar el sueño. Recuerdo que lo hacía tarareando alguna canción de forma suave y melosa hasta que, finalmente, conseguíamos dormirnos.

— Me recuerdas a mamá — murmuro en voz baja.

— Tú también me recuerdas mucho a ella — asegura Marcy — . Sé que estos años sin ella han sido muy duros para ti pero... Te prometo que vendrán tiempos mejores y que al final el dolor pasará.

— La echo tanto de menos, Marcy... Daría lo que fuera por volver a escuchar su voz un solo instante.

— Sí. Yo también...

Nos acurrucamos la una junto a la otra y cerramos los ojos en silencio. No recuerdo la última vez que Marcy y yo compartimos un momento como éste. En realidad, ni siquiera recuerdo que lo haya habido en el pasado. Con Lena sí, claro. Porque Lena es mucho más cariñosa y mimosa que Marcy. Y papá es igual que nosotras. Marcy, en cambio, siempre ha sido la más distante e independiente de todos.

Al final, poco a poco, me voy quedando dormida. Deslizo mi brazo por encima del de Marcy y me acomodo hasta encontrar la posición perfecta.

— Marcy... Te quiero.

— Yo también a ti, Ali — me dice.

Y ambas sonreímos al decirlo.

Muchas horas después, cuando el despertador de mi mesilla comienza a sonar, ambas amanecemos en la misma posición en la que la nos acostamos. Adormecida, apago el pitido insoportable de cada día y me incorporo sobre la cama mientras Marcy hace lo mismo. Ha llegado la hora de ponerse en marcha y espabilar.

Nos turnamos para usar el baño, sin hablar del disgusto que me llevé ayer. Como yo soy la primera que debe salir de casa para coger el autobús, me dejan ducharme en primer lugar. Me seco el cuerpo y me visto un body azul marino que es comodísimo — hoy no tengo ganas de preocuparme por mi imagen más de la cuenta — y unas chancletas negras. Con el cabello aún goteando sobre mi espalda, bajo a desayunar. Papá y Lena están ahí, vestidos con el pijama mientras charlan sobre la boda de Marcy y Adam. Consigo enterarme de que la celebración tendrá lugar el mes que viene en el jardín de casa y que ha sido Lena quien se ha encargado de diseñar las carpas para la ceremonia. Me enseña los dibujos e identifico entre ellos aquel que le vi haciendo hace unos días. Es precioso. Tengo que admitir que mi hermana

pequeña tiene un gran talento y potencial.

—Será el mes que viene porque así podré marcharme tranquila a la universidad — me explica ella —. Así que estas semanas necesitamos tu colaboración, Ali. Todo tiene que quedar precioso.

Verlos así de ilusionados hace que se me contagie un poquito de su buen humor. Es increíble lo mucho que ha cambiado todo este verano. Cuanto más lo pienso, más surrealista me parece. Que nuestro padre haya resurgido de sus cenizas, que Lena vaya a ir a la universidad, que Marcy vaya a casarse... Es como si poco a poco las piezas de nuestro puzzle particular fueran encajando en su posición final.

Me bebo el zumo de naranja de un trago, mordisqueo un poco de la tostada de frambuesa y salgo escopetada de casa.

— ¡No te olvides de que mañana es mi exposición! — me grita Lena a modo de despedida.

Y no. No me olvido.

¿Cómo iba a olvidarme? Supongo que este malestar tan intenso no cesará hasta que por fin llegue el día y vea si Joe aparece allí o no.

El cielo está despejado y las temperaturas han subido tanto que el calor es insoportable. Llego a la parada de autobús a la misma hora de siempre y rezo porque aparezca de un momento a otro y no tener que esperar. A pesar de las horas tan tempranas que son el calor ya aprieta con fuerza, adelantándonos el día tan bochornoso que está por venir.

Llego a la plaza Vieja a la hora habitual y, como todas las mañanas, me acerco al puesto de Madeleine en busca de los dos chocolates calientes. No hay cola, así que me apoyo en la barra y le agradezco el detalle que el día anterior tuvo conmigo. Como era de esperar, Madeleine le resta importancia con un “no ha

sido para tanto” mientras canturrea eclipsando a Bonnie Tyler. Me entrega los vasos y me dice que hoy tengo mucho mejor aspecto y que no borre la sonrisa. Yo le prometo que así será.

Cuando entro en la biblioteca, Finn ya está ahí. Saludo dándole los buenos días y le paso su chocolate caliente. Él se interesa por si hoy me encuentro mejor y yo finjo que todo va estupendamente en mi vida. Le hablo de la exposición de Lena y de la boda de Marcy — a la que por supuestísimo Finn está invitado — . Ambos sentimos curiosidad por ver el jardín repleto de flores y averiguar cómo diablos se las apañará Lena para meter a todos los invitados en un espacio tan reducido. La verdad es que será digno de contemplar.

El día transcurre muy despacio. En algún momento de la mañana Finn menciona que quiere leerse el libro del “chico ciego”, pero desvío el tema y le respondo que en cuanto tenga tiempo libre lo buscaré para poder dejárselo. En realidad, sé muy bien dónde está guardado, pero es inevitable que el libro de Joe Byers despierte un instinto protector y acaparador en mí. Es la única copia que existe del manuscrito y, si le pasara algo, no me perdonaría jamás.

Al mediodía nos turnamos para salir al descanso e ir a almorzar.

Cuando abandono el edificio colonial me recibe en el exterior un calor abrasador que prácticamente me asfixia. Es como si el aire que respirásemos fuera fuego que abrasa nuestros pulmones. Cojo una lata de cola light y un sándwich frío de la máquina veinticuatro horas que hay a la salida de la cafetería y salgo corriendo hacia la biblioteca, ansiosa por regresar cuanto antes. Al menos allí tenemos aire acondicionado y se puede respirar.

Las escaleras hasta el tercer piso se me antojan eternas, pero cuando llego arriba no solamente descubro lo reconfortante que puede ser el aire acondicionado en verano, sino que también me encuentro de bruces con Colin

Newby. El corazón se me acelera en el pecho y tengo que controlarme para no perder los nervios.

Colin está ahí, de pie, charlando con Finn — lo que me parece aún más extraño — . Me acerco sigilosamente hasta ellos y deposito la cola y el sándwich sobre la mesa principal.

— Siento mucho el comportamiento de Dustin, de verdad. Sé que debería haber actuado antes y me hago responsable de lo que ocurrió — dice, sacando un paquete bastante grande del bolsillo de su pantalón.

Aún desde un segundo plano, agudizo mi visión para identificar qué es.

— ¿Es una consola dos mil? — pregunta Finn, boquiabierto.

Todo el mundo sabe que es la más cara del mercado.

— Es para tu hermano. Sé que se le rompió la suya cuando Dustin lo empujó.

— La de mi hermano costaba la mitad... ¡O un cuarto! — exclama Finn, incrédulo — . No podemos aceptarla.

Colin insiste y, finalmente, ambos se dan la mano y firman la paz.

Supongo que, en el fondo, tenía razón cuando lo defendía ante Marcy. Colin tiene un buen corazón y lo único que necesita es distanciarse de sus amistades para poder ser él mismo. Se queda mirándome y me dedica una sonrisa de medio lado. Yo se la devuelvo.

— ¿Podemos hablar?

Aunque había evitado a toda costa que este instante llegara, asiento y me aparto hasta detrás de las estanterías en busca de un poco de intimidad. Colin me sigue, frotándose las manos con nerviosismo.

— Alison, yo... Yo quería disculparme contigo — me dice, avergonzado, sin siquiera mirarme a la cara — . Sé que he sido un cretino.

— Lo has sido — le digo, sonriendo — , pero no pasa nada, te he perdonado.

Él levanta la vista hacia mí. Sus ojos chispean.

— ¿De verdad? — inquiera, acercándose un paso más a mí y acortando la distancia entre nosotros — . De verdad que lo siento muchísimo...

Puedo sentir su respiración agitada y su aroma. Colin es tan guapo y lo he tenido durante tanto tiempo tan idealizado, que me siento tentada de dejarme llevar y tomar el camino fácil. De seguir a su lado. De no luchar por lo que realmente siento en el fondo de mi corazón.

Su mano rodea mi muñeca y tira de mí delicadamente para atraerme más a él.

— No... No puedo — le digo con pesar — . No puedo seguir contigo.

Como si le hubiera electrocutado, me suelta y me mira muy fijamente. Parece confuso.

— ¿No me habías perdonado?

— No es tan sencillo como perdonarte, Colin — murmuro en voz baja, armándome de valor — . Es que, en realidad, creo que lo nuestro no nos va a llevar a ninguna parte.

Él me mira muy serio, sopesando si estoy bromeando o no.

— Lo siento mucho — añado para que no quede ninguna duda de mis intenciones.

Colin necesita un par de segundos de más para asimilar lo que le acabo de decir. Cuando lo hace, se muerde el labio inferior y esquiva mi mirada.

— Supongo que... Yo también.

Y ése es el adiós que tenemos para darnos.

Se marcha de la biblioteca con la cabeza gacha y el gesto derrotado. Y a decir

verdad, yo me siento igual. Es una sensación extraña porque, en realidad, una parte de mí piensa que Colin sí se merecía esa segunda oportunidad que todos deberíamos merecer en la vida. Pero por desgracia, sé muy bien que mi corazón ya ha escogido a quién dársela. Y creo que llegado ese punto, poco puedo decir o hacer al respecto.

Finn me pregunta qué ha pasado y parece aún más confuso de lo que Colin estaba cuando le he dicho que no podía continuar. Al parecer, ninguno de los dos esperaba esta reacción por mi parte.

— No me apetece mucho hablar de ello, ¿vale?

Y con esa frase consigo no tener que ahondar en el asunto “Colin y la ruptura” más de la cuenta.

El resto de la tarde se me hace terriblemente pesada.

Y supongo que así serán el resto de los minutos que faltan hasta que Joe y yo volvamos a vernos.

Lena siempre dice que los días de lluvia dan buena suerte. No sé por qué lo dice, pero ése suele ser uno de sus lemas habituales. A veces pienso que, quizás, sea una manera de convencerse a sí misma de que, incluso en las mañanas más grises, uno tiene que sonreír. Sea como sea, ha terminado haciendo el lema muy suyo y creyéndoselo a toda costa.

Por eso hoy, que es el día de su exposición, está pegada al cristal de la ventana cruzando los dedos porque el cielo se encapote. Me acerco hasta ella y alzo la mirada para comprobar cómo va la cosa. Está despejado.

— Lo siento, enana — murmuro, dándole un par de palmaditas en la espalda — . Aunque con lluvia o sin ella, todo saldrá bien.

Y lo creo de verdad.

Sé que lleva mucho tiempo esperando una oportunidad para abrirse al mundo y no dudo que sabrá aprovecharla. A través de la ventana, observo cómo Marcy carga las cajas con las pinturas en su coche para llevarlas hasta el pub de Rober. Faltan muchas horas para que la exposición abra sus puertas, pero todavía nos queda trabajo por delante. Debemos preparar el lunch y colgar nosotras mismas las pinturas antes de que Rober dé el pistoletazo de salida. Lo que quiere decir que el resto del día las tres hermanas Grove estaremos muy atareadas.

Lo agradezco, a decir verdad. Prefiero estar ocupada y no tener tiempo para

pensar en mí misma, en Colin o... en Joe. En si vendrá o no. En si me llamará o no. En... Hay tantas opciones abiertas que intentar adivinar el futuro creo que no sirve absolutamente de nada.

Me subo en el coche con Marcy, Lena y papá y nos encaminamos al pub de Rober con el maletero hasta arriba. Lena, que es la artista, tiene pensado un orden específico para colgar cada pintura en la pared, así que no podemos ayudarla demasiado en dicha tarea. Mientras papá y Rober se toman una cerveza muy fría, Marcy y yo descargamos todas las cajas del maletero. Después nos unimos a ello.

Ver a papá de este modo, riendo y charlando sin ningún tipo de preocupación hace que el corazón se me hinche de amor. Sé que todavía no está recuperado del todo y que por las noches, cuando cree que ninguna de las tres puede escucharle, llora. Lloro desconsoladamente. Supongo que el aún no sabe que las paredes tienen oídos y que guardar un secreto en nuestra familia es una tarea complicada. Pero no importa. Llorar forma parte de nuestra experiencia en el mundo y, de vez en cuando, incluso, resulta reparador. A veces tenemos que sacar todo lo que nos ahoga internamente para poder lavarnos el rostro y sacar la mejor de nuestras sonrisas a relucir.

Cuando solamente queda una hora y media para que la gente comience a llegar, Lena se marcha a la parte de arriba del pub para cambiarse de ropa y arreglarse un poco. Está muy nerviosa. En realidad, creo que nunca la había visto así. Esperamos cuarenta minutos y, como no baja, decido subir a buscarla. La encuentro dando vueltas de una esquina a otra, paseándose por todo el desván.

— Oye, enana... La gente comenzará a llegar en cualquier momento.

La pobre está hecha un flan. La miro y me entran ganas de estrecharla muy fuerte entre mis brazos y prometerle que todo saldrá bien, pero ni siquiera

puedo hacer eso porque, literalmente, no para quieta.

— No está lloviendo, ¿verdad?

Suelto una risotada y sacudo la cabeza en señal de negación.

— No, hace un sol radiante y el cielo está despejado — anuncio — , pero te repito que no tienes de qué preocuparte. Te lo prometo. Saldrá bien.

Lena suspira hondo y asiente.

Está guapísima vestida. Lleva un vestido beige que, tiempo atrás, fue de nuestra madre. Es más, recuerdo que aquel vestido era uno de sus favoritos. Me acerco hasta ella y tiro de la tela para ver qué tal le queda.

— ¿No te importa que lo lleve puesto, verdad?

— En absoluto — respondo con rapidez — . Te pertenece a ti tanto como a nosotras.

Lena sonrío de oreja a oreja.

— Quería que ella estuviera hoy, ¿sabes? Hacer que estuviera presente de alguna forma.

— Lo está... — susurro en voz baja antes de abrazar a Lena — . Deja de preocuparte y estate tranquila. Saldrá bien.

Al final, me hace caso y se tranquiliza.

La verdad es que esas absurdas supersticiones de mi hermana pequeña no tienen el más mínimo fundamento. Veinte minutos más tarde, cuando bajamos abajo, el pub de Rober ya está hasta arriba. Papá se pasea orgulloso, mostrando a todo el que se le cruza delante los cuadros de su hija. Y la verdad, la gente parece encantada. Marcy y Adam se han juntado con un grupo de amigos y también aprovechan para alardear un poco y presumir del talento de Lena. Yo no veo a nadie conocido — por desgracia — , así que me quedo

junto a la artista y voy paseando de un lado al otro junto a ella. Pasan dos horas y el pub todavía está lleno. Varias personas se han interesado por la venta de los cuadros, lo que indica que la exposición ha sido un exitazo total. Me apeno cuando Lena me dice que un hombre se ha fascinado por mi cuadro favorito y que ha lanzado una oferta por él. Novecientas libras es muchísimo dinero — casi más de lo que yo gano trabajando un mes entero en la biblioteca —, así que muy a mi pesar la animo a aceptar la propuesta del hombre. El cuadro en cuestión se llama “Futuro” y, en él, se puede ver a tres ancianas agarradas de la mano frente a un espejo que refleja a una mujer más joven que ellas. Todas ellas se parecen mucho. Las tres ancianas somos Marcy, Lena y yo, y la mujer joven del espejo es mamá. Supongo que, esté donde esté, el tiempo para ella ha dejado de transcurrir y la siguiente vez que la veamos seguirá tan joven como en nuestros recuerdos. Me quedo delante de él, mirándolo, y rezo internamente porque algún día esa imagen sea realidad. Yo tengo los nervios a flor de piel. No puedo evitar mirar la puerta constantemente esperando que él aparezca tras ella con esa sonrisa inquieta en los labios. Pero no lo hace. Los minutos pasan, uno detrás de otro, y poco a poco el tiempo va llegando a su fin. La desesperación que me invade es tan fuerte que llega un momento en el que me retiro al servicio para no echarme a llorar allí mismo, delante de todos. Supongo que Joe ha tomado la vía fácil y ha decidido no arriesgarse y olvidarse de mí. No sé si puedo juzgarle o no, pero ahora mismo lo único que siento hacia él es un intenso odio. Si lo tuviera delante en estos momentos, lo único que me saldría decirle es que es un cobarde.

Cuando vuelvo a salir del lavabo me siento igual de triste, pero me obligo a sonreír para que mi hermana pueda seguir siendo la protagonista y disfrutando del día.

— Me parece increíble que Lena haya vendido todos los cuadros menos uno

— me dice Marcy con voz de asombro — . Confiaba en que todo saldría bien, pero a decir verdad ella ni siquiera había considerado la opción de venderlos... Es increíble, ¿verdad?

Yo asiento. A decir verdad, es alucinante.

El único cuadro que queda sin venderse es uno de los primeros que pintó. Lo recuerdo porque es peculiar: no tiene fondo ni color, simplemente dos ojos dibujados a lápiz y sombreados. A mí siempre me ha parecido un poco siniestro y extraño, pero hoy que solamente tengo espacio para Joe en mis pensamientos, me recuerda a él.

“Ha tomado su elección y debes respetarla”, me digo a mí misma, apretando la mandíbula. No importa si mi futuro está o no con él, en realidad, lo que importa es la lección que me ha dado de la vida. Puede que, después de todo, yo haya llegado muy tarde para poder tenderle la mano.

Me siento en uno de los pub del fondo, apartada de mi familia para poder estar sola un rato. Son las diez de la noche. La exposición ha recibido tantísimas personas que se ha alargado mucho más de lo esperado en un futuro. Rober parece encantado con la cantidad de clientes recibidos y mi familia irradia aún más felicidad que él. Y no es para menos.

Pero yo... Yo tengo la sensación de que el corazón me duele. Me duele mucho. Y eso me hace preguntarme si Marcy tendrá razón en eso de que, en un futuro, dejará de doler así e incluso podré volver a enamorarme. Algo me dice en mi interior que olvidarme de Joe Byers no será tan sencillo como ella se imagina.

— ¿Alguien tiene un paraguas? — grita una chica desde la puerta.

Dirijo la mirada hacia ella y veo que, en el exterior, está diluviando.

— ¿Lo ves, Ali? — me dice Lena, riéndose a plena carcajada — . ¡Te he dicho que los días de lluvia siempre traen algo bueno!

No puedo creerlo.

¿Cómo es posible que esté diluviando de esa manera si, unas horas antes, teníamos un sol radiante en el cielo de Alnmouth? Me levanto del asiento para poder verlo con mis propios ojos y me acerco hasta la puerta. Los últimos clientes del bar — sin contarnos a nosotros —, estaban a punto de marcharse cuando han descubierto el inesperado aguacero, así que se han quedado taponando la puerta. Me hago un hueco, esquivándolos, y salgo al exterior. Es increíble. Diluvia. Imitando a Lena, suelto una tremenda carcajada.

— Esto parece cosa de magia... — murmuro en voz baja, levantando la vista hacia el cielo.

Sonrío y me digo a mí misma que detrás de todos esos imponentes nubarrones grisáceos tiene que estar mamá. Sé que puede parecer absurdo, pero estoy convencida de que algo así solamente puede haber sido cosa de ella.

Dejo que las gotas caigan sobre mi rostro, empapándome la piel. El agua está fría, lo que se agradece después del calor que ha hecho en este caluroso día de verano.

— Coco, vainilla y azahar — susurra Joe a mi espalda.

Yo, aún con los ojos cerrados, me digo a mí misma que es imposible. Que tengo que habérmelo imaginado.

“¿Tan imposible como este diluvio?”

Me doy la vuelta lentamente y ahí está, frente a mí, con su bastón en la mano. Su cabello rubio está tan mojado que los mechones de pelo se adhieren a su frente. Va vestido con una camiseta blanca y unos pantalones tejanos. La camiseta está tan mojada que también se ha quedado pegada a su piel, transparentando todo aquello que hay bajo ella y dejando muy poco a mi imaginando. Trago saliva, mirándole fijamente.

— Creí que no vendrías... — consigo decir en un susurro mientras me controlo a mí misma para no saltar a sus brazos.

No necesito mirar hacia la puerta para saber que tenemos a un gran público observándonos. Supongo que, a estas alturas, Marcy y Lena ya estarán las primeras para no perderse detalle. Pero no me importa. Lo único que me interesa es que Joe está aquí, conmigo.

— En realidad, yo también. No me dijiste en qué pub era, ni a qué hora...
— señala con una risita nerviosa y tensa — . Así que he tenido que recorrerme todos los bares, de uno en uno, en tu busca.

— Alnmouth no es muy grande...

Joe sacude la cabeza de esa forma tan peculiar, como queriendo decir, una vez más, “que no tengo remedio”.

— Al parecer, no lo suficiente grande como para no encontrar ese aroma que desprendes.

— Así que has decidido venir...

El agua resbala por su rostro y supongo que también por el mío. Yo ni siquiera lo noto. Escucho que alguien grita, desde el interior, que nos pongamos a resguardo o que cogemos una pulmonía. Joe les ignora y yo hago lo mismo. En este instante, solamente existimos él y yo.

— Sí, Alison... No sé si algún día te marcharás o no, pero después de mucho pensarlo, he descubierto que estar a tu lado para averiguarlo por mí mismo, valdrá pena.

— Joe... — murmuro en voz muy baja, incapaz de soportar el cúmulo de sentimientos que se están apoderando de mi cuerpo — . Voy a besarte, ¿vale?

Esta vez, al menos, no podrá decir que no le he avisado.

Él suelta una carcajada sincera y abre los brazos de par en par.

— Lo estoy esperando.

Y no demoro más el instante.

Mis labios se estrellan contra los suyos y, a diferencia de la primera vez, la respuesta de su cuerpo es simultánea. Sus manos envuelven mi ropa mojada y me pegan contra su cuerpo. Siento el calor que desprende. Huelo el aroma de su perfume. Puedo notar la desesperación con la que me abraza y puedo percibir cómo los latidos de su corazón se aceleran mientras nuestras lenguas aprenden a bailar juntos un vals que, seguro, jamás olvidarán.

Un año después

Las mudanzas son algo que nunca ha sido de mi agrado.

Supongo que a nadie le gusta tener que empaquetar todas sus pertenencias y abandonar el lugar que, al menos durante un tiempo, ha sido un refugio para ti.

Abro una caja que tiene escrito sobre ella la palabra “*recuerdos*” y comienzo a sacar fotografías enmarcadas de su interior. Entre ellas están las de la boda de Marcy. Se puede apreciar la enorme carpa del jardín que Lena diseñó y el precioso altar decorado con flores, más al fondo. A decir verdad, fue perfecta. Una boda de ensueño. Únicamente estuvimos presentes los más importantes, y creo que quizás esa fue la clave para que todo resultase tan íntimo y maravilloso. Marcy iba guapísima y Adam no fue capaz de borrar la sonrisa de la cara en toda la ceremonia. Creo que, durante toda la boda, estuvieron abrazados y besándose y no fueron capaces de separarse ni un solo segundo. Fue magnífico ver cómo, a pesar de lo malo, el amor puede ganar algunas batallas.

Escuché durante la ceremonia que un familiar de Adam decía que “era una auténtica lástima que hubiese llovido en un día tan especial”. Pero supongo que ese hombre no tenía ni idea de que la lluvia había hecho todavía más especial aquella velada. Era como si nuestra madre, una vez más, nos hubiera enviado una señal desde el cielo.

En una de las fotos, todos estamos debajo de la carpa con las copas en alto, brindando por los novios. Deslizo la yema de mi dedo índice por ella y

acaricio la silueta de Joe con lentitud. Estaba guapísimo con aquel traje negro y la corbata gris de lunares.

Echaré de menos ese jardín. Y mi antigua habitación.

Dejar a papá y a Lena ha sido una de las cosas más duras que he hecho en mi vida, pero me consuela saber que si Marcy pudo hacerlo, yo también sabré llevarlo bien. A fin de cuentas, es ley de vida, ¿no? Joe y yo empezábamos a necesitar un pequeño rincón al que llamar “hogar”, y papá y Lena han demostrado que pueden apañárselas ellos solos. Y muy bien, además.

También he dejado la biblioteca. Lo he hecho apenada, porque trabajar con Finn era fantástico y sabía que el cambio, en cuanto a compañeros, no estaría a la altura. Desde hace seis meses trabajo en el bibliocafé que Adam y Marcy han abierto en el pueblo. Sí, es un negocio maravilloso. Y creo que la combinación de café y libros no puede ser más perfecta. No nos va mal y el hecho de que sea familiar ayuda bastante a que todos pongamos aún más de nuestra parte — y que Marcy y yo no discutamos tan a menudo como solíamos hacerlo antaño — .

Casi se me olvida contaros que ahora Eyemouth me ha adoptado como ciudadana. No me disgusta, porque a decir verdad este pueblo se parece muchísimo a Alnmouth y el ambiente que desprende es, por decirlo de alguna manera, igual de costero. Joe se desenvuelve con soltura entre las callejuelas de piedra de esta localidad y yo me he comprado un maravilloso coche nuevo para poder ir y venir del trabajo. Es genial, ¿verdad? Y todo gracias a que, un sábado cualquiera, cayó un buen chaparrón mientras yo encontraba un libro encuadernado a mano.

— ¿Cariño? ¿Estás en casa?

Escucho la puerta cerrarse de un portazo y me apresuro a retirar las cajas que he dejado en mitad de la habitación. Joe se las apaña bien, pero hasta que se

acostumbre a este lugar es mejor no dejarle obstáculos por el camino.

— ¡Estoy aquí! — grito.

Dos minutos después aparece en el umbral del salón con un sobre blanco en su mano y un gesto nervioso en el semblante. Me levanto del suelo para darle un beso y le pregunto a ver qué es.

— ¿Recuerdas que cambié el final de la novela? ¿Qué añadí una continuación y a una chica llamada Alison Grove?

Me río como una tonta.

— Lo recuerdo — respondo, desviando la mirada hacia la caja que contiene el ejemplar del libro y la máquina de escribir.

Estoy deseando que Joe tenga su rincón para que retome la escritura. Creo que, de alguna forma, escribir es una especie de terapia para él.

— Pues verás, la volví a enviar a las editoriales... Y creo que esto puede ser una respuesta.

— ¿Lo dices en serio? — inquiero, nerviosa, intentando quitarle el sobre de las manos.

— Con una condición — advierte.

— Adelante.

— Que la leas en voz alta y... no te adelantes.

— Está bien — admito, quitándosela.

Joe es capaz de diferenciar las facturas del hogar del correo personal por los sobres. Según él, todas las facturas vienen en un estilo de sobre comercial que es muy sencillo de diferenciar. Yo jamás comprenderé cómo es capaz de fijarse en esos pequeños detalles que tanto me fascinan.

Abro el sobre con las manos temblorosas y comienzo a leer en voz alta: «Estimado señor Byers, después de que el equipo de Editorial Páginas Blancas haya valorado su propuesta de edición y...». Me quedo callada, incapaz de continuar leyendo.

Joe gruñe y refunfuña.

— Habías prometido no adelantarte, Alison... — me riñe, suspirando hondo — . Supongo que es una negativa, ¿no?

Pero yo estoy tan impactada que necesito coger aire lentamente antes de responder.

— En realidad, no. Quieren publicarte...

Los ojos se me empañan al decirlo en voz alta.

— ¿Quieren publicarme? — repite Joe, incrédulo.

— Lo sabía, Joe... Sabía que eras capaz de cualquier cosa que te propusieras... — murmuro, incapaz de controlar el llanto de felicidad.

Le miro a los ojos y veo cómo ese azul celeste comienza a empañarse con rapidez justo antes de que nos fundamos en un profundo y sincero abrazo.

— Te quiero — susurro en voz baja, besándole en los labios.

— Yo te quiero más — asegura, justo antes de besar mi cuello de forma juguetona — . ¿Te apetece celebrarlo?

Mi llanto se transforma con rapidez en una risita nerviosa mientras el reguero de besos que Joe me proporciona desciende lentamente hasta mi escote.

— Eres tan preciosa... — asegura.

Y lo dice con tanta convicción, que le creo.

Más de una vez le he preguntado a ver cómo lo sabe, y él siempre me responde lo mismo; que está enamorado de mi tacto, de la suavidad de mi piel, del

sonido de mi voz y de mi peculiar aroma a vainilla, coco y azahar. Después de mucho tiempo he llegado a la conclusión de que debe de ser una mezcla de mi champú, mi gel de ducha y mi crema hidratante. Por si acaso he decidido no modificar ninguna de las tres variantes.

Mientras él me besa, aprovecho para ir desabrochando los botones de su camisa de uno en uno. Joe también suele decirme que conmigo el sexo es algo diferente. Una nueva experiencia. Acaricio sus pectorales y recorro con mis manos su firme vientre hasta llegar al botón del pantalón. Lo desabrocho mientras él se deshace de mi vestido y, segundos después, ambos estamos en igualdad de condiciones. Bueno, en realidad, casi. Joe se apresura a solucionar esa pequeña diferencia y desata con destreza mi sujetador. Es increíble lo poco que su falta de visión nos afecta en el día a día, sobre todo en cuanto a ámbitos sexuales se refiere. En la cama nos entendemos a la perfección.

Sus manos recorren mi cuerpo ardiente con rapidez y deseo. Tengo la piel sudorosa por el calor del momento, pero a Joe no parece importarle. Se agacha hasta terminar sentado sobre el suelo de madera y yo, muy lentamente, me coloco sobre él y dejo que poco a poco se vaya clavando en mi interior. Gime. Cierra los ojos y me pide que yo haga lo mismo, así que también los cierro. Siento el tacto de su piel. Disfruto de sus manos acariciando mi cuerpo. Escucho los gemidos excitados que libera mientras me muevo hacia delante y hacia detrás, meciéndome suavemente. Su boca recorre mi clavícula y después desciende un poco más para coger uno de mis pezones y lamerlo. Puedo sentir su lengua, su saliva. Cerrar los ojos y ver todo a su manera hace que esto deje de ser sexo y pase a ser amor. O al menos, la forma en la que nosotros hacemos que nuestro amor sea tangible. Nuestros cuerpos dejan de ser dos para conectarse y formar un mismo ser. Y aunque ambos cerramos los ojos mientras lo hacemos, el resto de nuestros sentidos se amplifica al máximo y

somos capaces de sentir... y sentir... y sentir más.

— ¿Te quedarás? — me pregunta, sujetando mis caderas con fuerza.

Y yo no tengo ninguna duda de mi respuesta.

— Para siempre.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti

Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector

Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers